UN PROBLEMA DE LA VIDA.

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON ANTONIO AUSET.

BIBLIOTECA CENTRAL
BARCELONA

MADRID. — 1859.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Rafael Ludeña.
Leganitos, 47.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
LIBROS

N.º de la procedencia
1640

UN PROBLEMA DE LA VIDA.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unproblemadelavi00ause_1

UN PROBLEMA DE LA VIDA.

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON ANTONIO AUSET.

MADRID.—1859.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Rafael Ludeña.
Leganitos, 47.

A la señorita Doña Teresa Juara de Goy.

Harto sé, amiga mia, que no se entiende para con Vd. la intencion moral de esta comedia, habiendo resuelto Dios el problema del bien en esta vida, con hacerla á Vd. tan buena, tan hermosa, y por consiguiente tan feliz. Al dedicar á Vd. el primer trabajo que doy á la prensa despues de mi vuelta á España, no crea, pues, que en ello hago más que cumplir con una obligacion contraida al tiempo de despedirme, quizás para siempre, de esas comarcas. Ya que escudo esta obra con su nombre, acéptela Vd. con una benevolencia igual por lo ménos á la cariñosa amistad que le profesa su más atento seguro servidor q. b. s. p.

El Autor.

722186

PERSONAS.	ACTORES.
ELENA.	D.ª TEODORA LAMADRID.
SABINA..	ADELA ÁLVAREZ.
DAMIAN.	D. JOSÉ ORTIZ.
ANDRÉS.	ANTONIO PIZARROSO.
ENRIQUE..	RICARDO MORALES.
PERFECTO..	ANTONIO CAPO.
EL DOCTOR.	JUAN CASAÑER.
BAUTISTA.	ELÍAS MATE.
TIO PEDRO..	JOSÉ VALERO.
BARTOLO.	ANTONIO VICO.
ALGUACIL.	RAMON BENEDI.
FRUTOS.	GERÓNIMO LAVALLE
GUILLEN..	BENITO CHAS DE LA MOTTE.
SIMON.	JOSÉ LAPLANA.
DIEGO.	JOSÉ M. JUSTO.

MUJERES 1.ª 2.ª 3.ª y 4.ª.

ESCRIBANO.—DONCELLA.—CONVIDADOS.—GENTE DEL PUEBLO.

La escena pasa en Madrid 1.° y 2.° acto. El 3.° en Casarrubios del Monte.—185...

ACTO PRIMERO.

Salon adornado con suntuosidad: arcos en el fondo que dejan ver otros salones. En el centro de cada uno de los costados una puerta: en lugar conveniente una chimenea encendida.

ESCENA PRIMERA.

BAUTISTA.

¡Este sí que es buen vivac!
sin cabos que pasen lista...
¿quién hoy le tose á Bautista
con corbata blanca y frac?
(*Contemplándose delante de uno de los espejos.*)
Me parezco bien... ¡pues no!
¿quién hay que no se remoce...
de cierto no me conoce
la madre que me...
(*Se aparta del espejo.*)
Cambió
mi destino... pero ¡cómo!

no ha sido en bienes escaso;
¡digo! de soldado raso
licenciado, á mayordomo.
Y mayordomo, en efecto,
de una casa que ya! ya!...
Dios premie al que por acá
me trajo... Ese D. Perfecto
es un perfecto señor;
perfecto como ninguno...
(*Bajando la voz.*)
aunque me parece un tuno
de los de marca mayor.
Todo por sus manos pasa,
él dispone, y ademas
riñe, y gasta, y manda más
que los amos de la casa.
Pero bueno... ¿y eso á mí?...
cuando le dejan hacer,
con callar y obedecer
cumplo... Pero ya está aquí.
(*Aparece D. Perfecto por el fondo.*)

ESCENA II.

DON PERFECTO.—BAUTISTA.

PERFECTO. (*Despues de examinar á Bautista de piés á cabeza.*)
¡Bien, Bautista!...
BAUTISTA. Señor, yo...
PERFECTO. Muy bien; no encuentro tan mala
tu facha en traje de gala.
BAUTISTA. La gala que usted mandó...
PERFECTO. ¿Qué es eso *de usted*?..
BAUTISTA. Decia...
PERFECTO. Sabe, pues no lo advertí,
que cuantos entran aquí
el que ménos tiene usía.

BAUTISTA. ¿Todos *usías*, señor?
PERFECTO. ¡Cabal! sírvate de norma...
en toda casa de forma
el usía es de rigor.
BAUTISTA. Procuraré no incurrir...
PERFECTO. Ya te iremos instruyendo...
¿Y Damian?
BAUTISTA. Se está vistiendo.
PERFECTO. ¿Para comer?
BAUTISTA. Vá á salir.
PERFECTO. Ya decia... ¿Adónde vá?
BAUTISTA. Eso es lo que no sé yo...
Pero mire *ust*... digo, no;
mire *usía*... sale ya.
(*Sale D. Damian de la habitacion de la derecha de frac y con un gaban sobre el brazo.*)

ESCENA III.

DAMIAN.—PERFECTO.—BAUTISTA.

DAMIAN. Mi berlina.
PERFECTO. (*Á Bautista*) ¡La berlina!
que pongan el tronco bayo.
(*Se retira Bautista por el fondo.*)
Chico!... sales como un rayo...
¿qué fuga tan repentina
es ésta?
DAMIAN. (*Poniéndose los guantes.*) Ya te diré...
un recado muy urgente.
PERFECTO. ¿Sí?
DAMIAN. Me llamà el Presidente
del Consejo...
PERFECTO. ¿Para qué?
DAMIAN. Aún lo ignoro; mas lo infiero:
apuradillo andará...
el fin del mes cerca está,

y... lo de siempre, dinero.

PERFECTO. Y ¿se lo darás despues
del mucho que tienes dado?..

DAMIAN. Renovaré, y al contado
daré más, si el interes
me conviene.

PERFECTO. En el garlito
caerás... ¡es mucha desgracia!
con interes... ¡vaya en gracia!
como sea crecidito...

DAMIAN. Lo será.

PERFECTO. Entónces convengo.

DAMIAN. Aunque ya me importa poco,
vuelvo en oro lo que toco...
¡si supieras lo que tengo!
Me abruma el dinero ya:
en todo prospero y gano...
adonde pongo la mano
allí la fortuna está.
Mis empresas á millares
miran propicios los hados:
mis buques afortunados
cruzan sin riesgo los mares:
no sé lo que es un azar:
no existen, por mi regalo,
en tierra negocio malo,
ni borrascas en el mar.
Todo en mi bien se baraja,
y en fin, todo, amigo mio,
produce de plata un rio
que viene á hundirse en mi caja.

PERFECTO. ¡Magnífico!.. ¡voto á san...
por mucho trigo no fué
mal año jamas...

DAMIAN. Es que...

PERFECTO. (*Apoderándose del gaban que Damian tiene en el brazo.*)

Pero, hombre, deja el gaban.

DAMIAN. No, gracias.

PERFECTO. ¡Oh!.. no, reclamo...
este peso es importuno...
y no debes... (*Alzando la voz y dirigiéndose al fondo.*)
¡Á ver... ¡uno!
(*Sale un lacayo á quien entrega el gaban.*)
Á la berlina del amo.
(*Se retira el lacayo.*)
¡Pues me gusta! ¿habiendo aquí
tanto vago?... Deja estar...
pues tienes, debes gozar...

DAMIAN. Es que ya no gozo así.
¡Si vieras que comezon
tengo... me causa dolores:
dinero... dinero... ¡honores
quiero, consideracion!

PERFECTO. Pues dígote...

DAMIAN. Esa es la cosa:
quiero, será una rareza,
ser fundador, ¡la cabeza
de una familia gloriosa!

PERFECTO. ¿Y por qué no?.. bah! si tal!
tu pensamiento es tan bello
como justo, y para ello
cuentas con... ¡lo principal!

DAMIAN. ¡Pse!... pero no veo luz;
el tiempo vá de pasada;
y en el fondo... aún no soy nada...
no tengo ni una gran cruz:
ni un cargo, de esos, de honor...
principio de una carrera
brillante... no soy siquiera
ni Marqués, ni Senador...
¿De qué me sirve el caudal?
Sólo he logrado hasta ahora
por esposa una señora

que es hija de un General;
mas General que lo ha sido
por sus pasos, grado á grado;
General adocenado,
de los que no han hecho ruido...
Ya ves...

PERFECTO. Con tu pulso y tino
conseguirás... no eres tonto...
¿Gloria quieres?... Por de pronto
¿no has encontrado el camino?..
Por él avanzando vas;
el poder te paga un rédito...
y con su ayuda y tu crédito
á la gloria llegarás.
Haz alguna insinuacion
al Ministro; que te halague...
si está ahogado... que lo pague...
¿no es justo?

DAMIAN. Tienes razon...
Con él voy á usar de toda
mi elocuencia en estas lides...

PERFECTO. Duro, sí!... pero no olvides
que hoy celebramos tu boda.

DAMIAN. ¡Hoy!

PERFECTO. Sí tal, ¡por vida mia!
¿qué se diría despues...
Te casaste ya hace un mes;
tu esposa en el mismo dia
sériamente se indispuso...

DAMIAN. Y ¿está mejor?

PERFECTO. ¡Ya lo creo!
hoy ha salido á paseo;
y yo por seguir el uso,
para hoy tengo convidados
los amigos... tenlo en cuenta...

DAMIAN. Y ¿cuántos somos?

PERFECTO. Cincuenta,

cincuenta los invitados.

DAMIAN. ¿Y habrás cuidado tambien
de que...

PERFECTO. He quemado las naves...

DAMIAN. Que nada falte...!

PERFECTO. Ya sabes
que me gusta comer bien.
Descuida; ¿no estoy aquí?
todo en regla marchará:
el convite de hoy será
digno de tí... ¡oh!... y de mí.

DAMIAN. Gracias!... ¿si habrán ya enganchado?

PERFECTO. Cierto, que está algo pesada...

BAUTISTA. (*Desde el fondo.*)
La berlina está enganchada.

PERFECTO. (*Á Bautista en tono creciente de reconvencion.*)
Y ¿cómo es que se ha tardado
tanto tiempo? ¡Qué polilla
de gente!... Por más que clamo
que para servir á el amo
hay que andar de coronilla,
no logro hacerme entender...
pues ¡cuidado!... ¡voto á brios...!

DAMIAN. (*Retirándose por el fondo.*)
Vaya; adios, Perfecto.

PERFECTO. Adios.
(*Á Bautista en el mismo tono de ántes miéntras desaparece Damian.*)
¡Que no vuelva á suceder...
(*Cálmase de repente.*)

ESCENA IV.

D. PERFECTO.—BAUTISTA.

PERFECTO. Oye, Bautista.

BAUTISTA. Señor?

PERFECTO. ¿Se encontraron los faisanes?
BAUTISTA. Si señor; pero ¡qué caros!
PERFECTO. Hallarlos es lo importante.
BAUTISTA. ¡Diez duros cada faisan...!
PERFECTO. ¿Nada más? pues son de valde.
BAUTISTA. Es que hay pollos...
PERFECTO. ¿Y las ostras,
las trajeron?
BAUTISTA. ¡Dios me ampare
con las ostras!... las trajeron,
sí señor; pero en el aire
las volvieron á llevar.
PERFECTO. (*Alarmado*) Pues ¡cómo!...
BAUTISTA. Porque tres reales
pedian por cada una,
y yo...
PERFECTO. ¿Qué?
BAUTISTA. Que un disparate
me pareció...
PERFECTO. ¡Qué animal!
Bautista, eres un salvaje.
BAUTISTA. Pero, señor; ¿hay conciencia...
PERFECTO. ¿Qué tiene que ver ¡alarbe!
la conciencia con las ostras?
¿Ignoras aún, bergante,
que aquello que cuesta más
es lo que mejor nos sabe?
BAUTISTA. Pero yo...
PERFECTO. ¡No me repliques!
será fuerza desasnarte
para que no des más pifias
y sepas bien lo que traes
entre manos: oye aquí,
¡por Dios! las orejas abre.
El amo á quien sirves es...
es muy rico, imponderable-
mente rico, ¿oyes, Bautista?

pero no vas á heredarle.
Lo que te pidan, lo buscas;
lo tomas donde lo halles;
y pues no gastas lo tuyo,
no te importe que se gaste.

BAUTISTA. Mas como despues tendré
que dar cuentas, es un diantre...

PERFECTO. Las cuentas las tomo yo,
y yo soy muy tolerante
en cuanto á precios: la tasa
no existe en estos lugares;
si lo que compras es bueno,
lo bueno debe pagarse.
Ésta, ésta es mi doctrina,
que apoyan los capitales
de tu señor y mi amigo;
con que no hay que atortolarse:
mucho aplomo: observa bien
que el más alto personaje
de la casa, soy yo, ¡yo!
que pertenezco á una clase
distinguida, acostumbrada
á tratarse bien, en grande.
Tu señor ha pocos años
era un pobre badulaque
hijo de honrados labriegos...
como eres tú: dió en soplarle
la fortuna, y á medida
que él subia, di yo al traste
con la un tanto exígua hacienda
que me legaron mis padres.
Él rico... pero sin formas,
sin costumbres elegantes:
yo criado en el gran mundo,
conociendo los detalles
de la vida *comm'il faut*,
me he dignado aconsejarle,

dirigirle, por la senda
que vá recorriendo á escape.
¿Has comprendido, hijo mio?
que esta narracion se grabe
en tu memoria, y de hoy más
no te aturdas, ni te espantes,
ni dudes, ni regatees,
ni con escrúpulos andes.

BAUTISTA. Siendo así no digo nada...

PERFECTO. Haz que vuelvan al instante
las ostras... del ostracismo
á que tú las relegaste.
Pon á templar el Burdeos,
y que el Champagne no lo saquen
de la nieve hasta mi órden...
Ah!... ¡qué diablos! no olvidarse
de advertir al polvorista
que al rededor del estanque
puede armar el castillejo
de fuegos artificiales.

BAUTISTA. Se van á asustar los cisnes...

PERFECTO. ¿Se van á asustar? ¡que estallen!
La música, al salon verde:
¡mucha luz! que todo marche
en regla, porque sinó
voy á ser inexorable.

BAUTISTA. Haré porque todos cumplan...
(*Ruido de un coche.*)

PERFECTO. ¿Á ver?.. ha entrado un carruaje...
será la señora; dile
á sus doncellas que bajen
y la ayuden á subir,
que aún está débil... y es fácil...
(*Se retira Bautista.*)

ESCENA V.

D. PERFECTO.

Me parece que el banquete
será opíparo, brillante...
No creo haber olvidado
el menor perfil... Los dátiles
berberiscos... las conservas...
las piñas... Eh!... no hay que darle...
está todo; comeremos
bien, ¡bien! *Il Signor Grancaldi*,
el jefe de la cocina,
tiene unas manos de ángel...
(*Aparece Elena por el fondo apoyada en una de sus doncellas. En el escenario se quita el sombrero y el grande abrigo, los cuales recogen las doncellas y se retiran.*)

ESCENA VI.

ELENA.—D. PERFECTO.

PERFECTO. ¡Oh Elena!... bien se pasea.
¡Qué dia!... como ninguno...
(*Señalando un asiento junto á la chimenea.*)
Venga usted aquí.
(*Dirigiéndose al fondo.*)
Á ver! uno!
(*Sale un lacayo á quien dice.*)
Arregla esa chimenea.

(Elena, con visibles muestras de mal humor, se sienta en el lado opuesto que Perfecto ha indicado. Éste lo nota y dice.)

¿No quiere usted fuego?

ELENA. No.

PERFECTO. Pero si...

ELENA. Estoy bien aquí.

PERFECTO. Bien. ¿Se ha paseado?

ELENA. Sí.

PERFECTO. Y ¿por dónde?

ELENA. Qué sé yo.

PERFECTO. ¿Quiere usted agua?...

ELENA. No hay sed.

PERFECTO. ¿Se siente usted mal?

ELENA. Un poco.

PERFECTO. ¡Los nervios?

ELENA. No.

PERFECTO. ¿La...

ELENA. Tampoco.

PERFECTO. Pues ¿qué le molesta?

ELENA. Usted!

PERFECTO. ¿Hay mal humor? ¿Se proyecta...

ELENA. Si quisiera usted dejarme...

PERFECTO. Señora ¿cómo negarme
á semejante indirecta...
¿No hay ganas de hablar, verdad?
pues la dejo en un profundo...
me place que todo el mundo
goce de su libertad.
Miéntras que usted á sus solas
libre el pensamiento suelta,
yo voy á dar una vuelta
allá... por las cacerolas.
¡Qué comida! Usted vá á ver
lo que es un buen repostero...

ELENA. Dichoso usted, caballero,
que sólo piensa en comer.

PERFECTO. ¡Oh! que es usted por demas
severa conmigo, injusta...!
pienso en comer, sí; y me gusta...
pero pienso en algo más.
Y aspiro á que de esta hecha
se convenza usted tambien...
(*Con intencion y bajando la voz.*)
¡Si supiera usted á quién
vá á tener á su derecha,
para que la hable y festeje,
en el banquete de hoy...

ELENA. ¿Á quién?..

PERFECTO. Pero no; me voy...
usted quiere que la deje.

ELENA. No espere usted, no, que trate
de detenerle; á ese extremo
no llegaré... pero temo
de usted algun disparate...

PERFECTO. ¡Disparate! ¡qué aficion
á escoger lo que en mi mengua...
Tiene usted... ¡oh sí!... una lengua
de exquisita expedicion...
¡Disparate!... si dá gozo
oir á usted calificar...
¡Disparate... el colocar
á su derecha un buen mozo!
modelo el más acabado
de caballero cumplido:
un escritor distinguido,
un poeta laureado..

ELENA. ¿Qué dice usted!... ¿no me engaña!

PERFECTO. Yo no engaño, soy leal...

ELENA. ¿Conque ha vuelto Sandoval...

PERFECTO. Ha dias que está en España.

ELENA. ¿Y se ha presentado aquí?

PERFECTO. Desde el punto que llegó,
y dos tarjetas dejó...

ELENA. No las he visto.
PERFECTO. Yo sí.
Usted no puede cuidar...
enferma... yo las tomé,
y á Damian aconsejé
que le fuera á visitar.
ELENA. ¿Y fué?
PERFECTO. ¿Pues no? sin testigos
y con tal repeticion
han hablado, que ya son
dos excelentes amigos.
¿Y ahora?... deme usted mate...
eso! puede usted volver
á decir lo del comer...
y aquello del disparate...
ELENA. ¡Oh sí!
PERFECTO. ¡Qué tenacidad!
¿todavia?...
ELENA. Si señor;
si no es disparate...
PERFECTO. ¡Horror!
ELENA. Es una insigne maldad.
PERFECTO. Usted ha calificado
de maldad lo que... y no puedo...
soy algo tragon, concedo;
pero no soy un malvado.
Mi intencion...
ELENA. Será muy buena;
pero usted sabe y comprende
su inconveniencia, y me ofende...
PERFECTO. ¿Qué está usted diciendo, Elena?
Pues Sandoval, á mi ver,
era un amigo querido
de usted ha un año...
ELENA. Lo ha sido;
mas ya no lo puede ser.
Y si alcanza usted tan poco

que no sabe lo que vá,
en mí, desde ayer á acá...
no es culpa mia.

PERFECTO. Tampoco
mia; no! y esta merced
me otorgará de buen grado:
yo su fe no he violentado:
yo no la he casado á usted.
Su padre, el fiero Don Juan,
dió en preferir, no se pique,
á los laureles de Enrique,
los millones de Damian.
Con su autoridad armado,
á usted obligó... lo sé,
y su casamiento fué
pronto un hecho consumado.
Y bien? usted aquí vive
triste, sola, abandonada,
pues de nadie, ni de nada
fuerzas ni aliento recibe;
y yo que su afan advierto,
quiero calmar su fatiga...

ELENA. Pero y á usted ¿quién obliga
á entrometerse...

PERFECTO. Es muy cierto;
sí, lo debo confesar:
por mi genio conducido,
soy un poco entrometido,
no lo puedo remediar.
Como optimista y ardiente,
quiero ver gozar, reir...
¡nunca he podido sufrir
á la humanidad doliente!
Á donde yo voy, en pos
vá el placer, se ahuyenta el mal...
(Aparece un lacayo en el fondo y dice:)

LACAYO. Don Enrique Sandoval.

ELENA. Ah !.. ¡ quédese usted por Dios!
PERFECTO. Con mucho gusto; y repito
que por siempre he deseado...
(*Aparece Enrique en el fondo y vá á su encuentro.*)
¡Hola, Enrique! ¡ bien llegado!
¡ qué me place!.. ¡el primerito!

ESCENA VII.

ELENA.—ENRIQUE.—PERFECTO.

ENRIQUE. Se acerca la hora...
PERFECTO. Es llano.
ENRIQUE. (*Dirigiéndose á Elena y tendiéndole la mano.*)
¡Ah Señora! ¿Cómo vá?
ELENA. Pse !..bien... (¡ qué pálido está !)
¿ Y usted?
ENRIQUE. Bien... (¡ arde su mano !)
PERFECTO. Aquí tiene usted á Elena
que, como suelen decir,
ha un mes se quiso morir...
pero ya está casi buena,
y pronto estará mejor
con la quietud, el regalo...
Pero ¿ y usted? ¿está malo?
no me gusta ese color...
ELENA. (*Incorporándose y con interés.*)
Ah !... ¿ sufre usted...
ENRIQUE. No señora;
mi salud no se quebranta...
nunca he gozado de tanta
como estoy gozando... *ahora.*
PERFECTO. (*Colocándose en medio de los dos.*)
Señores, en mi opinion,
la pena moral influye
en lo físico, y concluye
por atacar al pulmon.

Este ataque es algo sério,
pues acá para inter nos,...
(*Tosen ligeramente Enrique y despues Elena.*)
principia por una tos,
y acaba en el cementerio.
De la vida en la cadena
no debemos nuestros clavos
remachar, ni ser esclavos
del pulmon ni de la pena.
¿Hay que vivir? pues, señor,
esta vida que tenemos
vivámosla, y caminemos
de la manera mejor.
De nada sirve el despecho;
de nada el teje maneje...
para conseguir que deje
un hecho de ser un hecho.
¿Estamos?... con mucho juicio...
con el tiempo y buena fe
todo se calma... No hay que
sacar las cosas de quicio.
Hé aquí la verdad, la senda
que me apresuro á indicar
por lo que pueda tronar...
(*Separándose de entre los dos.*)
Entiéndame quien me entienda.
(*Sale Bautista apresuradamente, y D. Perfecto vá á su encuentro: miéntras hablan, Elena se sienta junto á la chimenea; Enrique se sonrie tristemente y se acerca con lentitud á Elena.*)
¿Qué buscas?
(*Bautista le habla al oido.*)
¿Habrá maldito
de ayudante!... Me encocora...
(*Mirando el reloj.*)
Si aún falta más de una hora...
¿quién le mandó hacer el frito?

Estará como un peñon
luego... ¿quién lo ha de comer?...
Deja... ¡le voy á meter
de cabeza en el fogon!
(*Se retira por el fondo seguido de Bautista.*)

ESCENA VIII.

ELENA.—ENRIQUE. Éste apoyado en la cornisa de la chimenea, aquella sentada á una regular distancia. Momentos de pausa.

ENRIQUE. Tiene este silencio, Elena,
una elocuencia que abruma.
ELENA. (*Con la cabeza inclinada sobre el pecho.*)
Es verdad.
ENRIQUE. Hace seis meses,
¡cuánto la suerte se muda!
que á todas horas hablábamos
sin que nos faltase nunca
asunto que alimentara
nuestras pláticas nocturnas.
Hoy el acaso, la dicha...
ó la desgracia nos junta:
y ¡Elena!... me vuelvo loco
si prosigo en esta ruda
contienda que la esperanza,
razon y sueño me hurta.
ELENA. (*Levantando la cabeza con dignidad.*)
Y bien? ya nos hemos visto:
comprenderá usted sin mucha
violencia, cuál debe ser
al presente mi conducta:
no puedo ni debo dar
á usted la menor excusa
que se refiera á mi estado;
el decoro lo repugna.
Mostrarnos indiferentes,

hablarnos con la mesura
de una estudiada etiqueta,
con nuestro carácter pugna;
ni usted es muy diplomático,
ni yo soy fuerte en la astucia.
Si pues no quiere el destino
que nuestras manos se unan,
¿á qué violentar las leyes
del astro que nos alumbra?
Á ménos que venga usted
á mostrar su faz sañuda,
á evocar tristes recuerdos
y á llamarme infiel, perjura...

ENRIQUE. (*Acercándose.*)
Elena... ¡por Dios!... ¡por Dios!...
es usted conmigo injusta...
Sí! bien debe comprender
que no merezco esa injuria.
Sé todo cuanto ha pasado;
mi fe de nada la acusa;
pero aunque no lo supiera
bastáraame ver su mustia,
su casi marchita frente,
que graves penas anuncia,
para que yo me abstuviera
de aumentar su desventura.
He venido... porque en vano
la fria razon «que huya
de estos lugares» me dice:
en mis horas de cordura
he querido interponer
del mar la extension augusta...
cambiar de patria por siempre...
pero, Elena, me sojuzga
un magnético poder
que aquí me arrastra, me empuja!
He renunciado á mis viajes;

y al hacer esta renuncia,
he abrigado la esperanza
de que con las fuerzas mútuas
lograremos conquistar
la paz... tal vez la ventura.
¡Tal vez!... porque las pasiones
se irritan y más se abultan
con la ausencia, y es posible
que guiados por la pura
clara luz de las virtudes
que en ese pecho se adunan,
usted cumpla como buena
y yo como bueno cumpla.
Hé aquí todo mi deseo:
hé aquí mi esperanza única.
¿Querrá usted matarla?

ELENA. Enrique,
el deseo que le ocupa
es admisible, es honrado,
verosímil... pero en suma,
las pasiones se disfrazan,
de la prevision se burlan,
y son tanto más temibles
cuanto más su fuego ocultan.

ENRIQUE. Eso en las almas vulgares
es muy posible que influya:
de vulgares asechanzas
las nuestras están seguras.
Usted vé que desde hoy
mi respeto á usted rehusa
darle el dulce tratamiento
que los que se aman usan;
¡el que siempre entre los dos...!
Note usted que no pronuncian
mis lábios ni una palabra
de amor... y mi fe le jura,
(*Señalando al corazon.*)

que cuantas éste me dicte
en él haré que se hundan.
Pero no me niegue usted
que la vea... ¡esta repulsa
seria precipitarme
en brazos de la locura!

ELENA. Sea: pues que usted y yo
aún tenemos por fortuna
abnegacion suficiente:
sea... y que Dios nos acuda.

ENRIQUE. ¡Ah!... bendita... (*Asiéndola de las manos.*)
(*Ruido de un coche que entra en el portal. Elena se incorpora y se aleja de Enrique.*)

ELENA. ¡Mi marido!
ni una palabra más; ¡ni una!

ESCENA IX.

ELENA.—ENRIQUE.—PERFECTO.—Despues, DAMIAN.

PERFECTO. (*Desde el fondo.*) Nada, nada! estoy en todo...
(*Bajando al escenario.*)
Oh!... tengo una travesura
especial para encontrarme
donde hago falta.

ENRIQUE. Ninguna
ha hecho usted en esta sala;
y esa proteccion...

PERFECTO. (¡Estupida
ceguedad!) sé lo que digo:
las intenciones son puras;
pero es fuerza que tambien
las apariencias se cubran.
(*Á Damian que sale por el fondo.*)
Hola! ¿ya estamos de vuelta?
¿vienes alegre?... ¡me gusta!
(*Miéntras Damian habla bajo con Elena.*)

saluda á tu amable esposa
que hoy ya nos honra; saluda
á nuestro ilustrado amigo
Don Enrique...

DAMIAN. (*Dirigiéndose á éste. Elena vuelve á sentarse junto á la chimenea.*) Y con profunda
gratitud, pues se ha dignado
aceptar...

ENRIQUE. Cómo no?...

DAMIAN. (*Á Perfecto.*) Escucha.
¿No me habrás comprometido?
si al fin de todo resulta
que comemos mal, declaro
desde aquí que es toda tuya
la responsabilidad.

PERFECTO. La acepto; no se atribula
mi corazon por tan poco...
presentaré mis disculpas...
De eso hablaba con Enrique
cuando has llegado...

ENRIQUE. Usted trunca
las ideas... no, conmigo...

PERFECTO. (¿Hay gente más testaruda!)
quiero decir, que pensaba...

ENRIQUE. Ah!

PERFECTO. (*Volviéndose hacia Damian.*) Y para que te aturdas
ven y darás un vistazo
á los salones.... La música
ya ha llegado: de improviso
he dispuesto una tribuna
ornada de pabellones
y revestida de murta.
Pues ¿y el Kiosko? ven á verlo
(*Á Enrique.*)
y usted tambien, por si alguna
observacion... y ¿quién sabe?
es posible que le ocurra

consagrarle algunos versos
que brillen á la luz pública.
Conque ¿ vamos ?

DAMIAN. (*Enlazando su brazo al de Enrique.*)
Vamos pues.

PERFECTO. (*Adelantándose.*)
Permitidme que os conduzca.
(*Desaparecen por el fondo.*)

ESCENA X.

ELENA (siguiendo con la vista á Damian y á Enrique).

¡ Los dos del brazo !.. Dios sabe
que en esa union tan absurda,
no tiene mi voluntad
ninguna pàrte, ninguna !
Oh !.. ¡ qué horrible porvenir,
y no lejano, vislumbra
mi ya fatigada mente !..
Ah !.. Señor... ¿ cuál es mi culpa ?..
(*Se cubre el rostro con un pañuelo y llora. Salen por un lado del fondo Andrés y por el otro Bautista. Andrés, sargento licenciado del cuerpo de artillería, y manco del brazo derecho, deberá conservar en su traje algunos restos que indiquen su procedencia. Trae al pecho la cruz de San Fernando y su licencia en un canuto de hoja de lata.*)

ESCENA XI.

ELENA (llorando y sentada cerca de la chimenea).—ANDRÉS.—BAUTISTA (en el fondo).

ANDRÉS. (*Admirando los muebles.*)
¡ Qué lujo !..

BAUTISTA. Eh !.. ¿ dónde se vá ?

Calle !.. mi sargento... ¡ sí !
Sargento !.. ¿ usted por aquí?

ANDRÉS. ¡ Bautista !.. ¿ tú por acá ?
y ¡ qué majo !

BAUTISTA. ¡ Pues es llano !
¡ estoy en grande !

ANDRÉS. Tú !... ¿ cómo...

BAUTISTA. Vaya !.. soy el mayordomo...

ANDRÉS. ¿ Mayordomo de mi hermano ?

BAUTISTA. (*Cuadrándose y llevándose la mano á la frente.*)
Pues qué ! ¿ usía... ¡ quién diria...

ANDRÉS. Baja la mano, lebrel :
¡ soy acaso coronel
para que me des usía ?
No he pasado de sargento ,
y detesto los apodos...

BAUTISTA. Sí señor ; pero es que á todos
acá se dá tratamiento.

ANDRÉS. Pues es cosa que dá risa...
pero bueno ; perillan ,
anda , anda y busca á Damian
y dile que tengo prisa.

BAUTISTA. Al momento.

ANDRÉS. Buena perla,
no tardes.

BAUTISTA. Nada !...
(*Reparando en Elena.*) Ah !...

ANDRÉS. Qué?

BAUTISTA. Allí
está la señora...

ANDRÉS. Sí?
hombre, voy á conocerla.
(*Bautista se retira por el fondo. Andrés se adelanta sin que Elena lo note hasta su tiempo.*)

ESCENA XII.

ELENA.—ANDRÉS.

Tal vez será mala hora;
mas si hoy no... ¡Dios sabe cuando...
(*Contemplándola.*)
¿Duerme?... no... ¡si está llorando!
(*Alzando la voz y con energía.*)
¡Quién la ofende á usted, señora?

ELENA. (*Incorporándose asustada y retrocediendo hasta la pared.*)
Ah!

ANDRÉS. ¿Quién causa su tristeza?
¿por qué de dolor transida
la encuentro tan afligida?
Dígalo usted, con franqueza!

ELENA. ¿Pero...

ANDRÉS. Nada!... fuera el miedo!
porque aunque me falta un brazo,
con éste, cada estacazo
alumbro que canta el credo.

ELENA. (*Con aturdimiento.*) Gracias... es mucha merced...
pero yo... no, no lloraba...

ANDRÉS. No, pues usted suspiraba...

ELENA. Pero... en fin; ¿quién es usted?

ANDRÉS. (*Quitándose la gorra.*)
A!... sí: ¡que Rinoceronte!...
Me llamo Andrés Romeral
y Palomo, natural
de Casarrubios del Monte.
Soy sargento aventajado,
de artillería, y cumplido:
hermano de su marido,
y cuñado...

ELENA. ¡Mi cuñado!

ANDRÉS. Pues!... para servir á Dios
y á usted.
ELENA. Agradezco, Andrés...
ANDRÉS. Ya ve usted si mi interes...
porque, al cabo, entre los dos...
ELENA. Cierto... mas ya estoy serena;
padezco cierta inquietud...
quebrantos de la salud;
pero no valen la pena
de que todo un veterano
cuide... Mucho le agradezco
la atencion que le merezco...
Ahí tiene usted á su hermano.
(*Se retira por la izquierda, y sale por el fondo Damian.*)

ESCENA XIII.

ANDRÉS.—DAMIAN.

DAMIAN. Andresillo!
ANDRÉS. Hola!... Damian...
DAMIAN. Jesús!... y lo que has cambiado...
mas ¡qué miro!... ¡mutilado!...
ANDRÉS. Donde las toman las dan:
achaques de los guerreros.
Allá en Cuba... en Cuba fué
donde este regalo hallé.
Los perros filibusteros
nos armaron tal espolio,
que me costó este individuo;
pero, en fin, con su resíduo
y este entero, marcho al ólio.
DAMIAN. Sin escribir... ya se vé,
no supe... mas ¡qué equipaje!

ven, ven, te pondrás un traje
de sociedad...

ANDRÉS. ¿Para qué?

DAMIAN. ¡Vaya! pues con ese porte
quieres... Sabe lo que pasa:
hoy comen en esta casa
personajes de la corte...
y ya pronto llegarán...

ANDRÉS. Que lleguen; si yo al instante
me largo.

DAMIAN. Pero no obstante;
tan veloz... ¿cuál es tu plan?
(*Varios lacayos iluminan los salones del fondo; otros sacan luces á la escena.*)

ANDRÉS. El más sencillo del mundo:
darte un abrazo... ya ves...
diez años que no... despues,
y sin perder un segundo,
¡al pueblo! á entrar en fagina...
¡no hay cosa que más me cuadre!
á besar la mano á padre,
y á casarme con Sabina.

DAMIAN. Bien: ¿todo eso te propones?...
No es mucho.

ANDRÉS. No lo será.

DAMIAN. ¿Y hundirte por siempre allá
vejetando entre terrones?

ANDRÉS. Pues, claro... donde los dos
conservamos nuestro asiento:
allí ganaré el sustento
en paz y en gracia de Dios.

DAMIAN. Mejor lo puedes ganar
en la Corte, y á mi lado...
soy ya casi un potentado;
y si te dejas guiar,
aquí te harás poderoso...

ANDRÉS. Jée!... Damian... agradecido...

pero, no!... ¿á qué tanto ruido?
no quiero serte gravoso...

DAMIAN. ¡No rehuyas...

ANDRÉS. No rehuyo.

DAMIAN. Soy muy rico.

ANDRÉS. Sí, lo creo...
dime, ¿todo lo que veo
supongo que será tuyo?

DAMIAN. Sí, todo; y lo que no ves:
mis arcas llenas están...

ANDRÉS. El demonio eres, Damian.

DAMIAN. Pues ese es *el quid*, Andrés.
Ese es hoy el mejor fuero:
visto que en este lujoso
Eden, para ser dichoso
se necesita dinero,
en tenerlo me empeñé;
y constante noche y dia,
lo busqué donde lo habia,
y buscando... lo encontré.

ANDRÉS. ¿Y ya muy feliz serás?

DAMIAN. Hombre... ¿feliz... mucho valgo;
pero aún falta algo...

ANDRÉS. Ya!... el algo
que no se encuentra jamas.

DAMIAN. ¿Cómo que no? poco á poco;
te equivocas mucho, hermano;
ese algo, casi en la mano
lo tengo, casi lo toco.
Con él dejaré memoria,
y hasta las etéreas salas
volará mi nombre en alas
de la fama y de la gloria.

ANDRÉS. Podrá ser que tu buen sino
te encarame allá de un salto;
mas para subir tan alto
llevas errado el camino.

DAMIAN. Hola!... ¿filosofas?
ANDRÉS. Pues!
DAMIAN. ¿Tambien en artillería
se estudia filosofia
trascendental, buen Andrés?
ANDRÉS. Hombre... conforme y segun;
diez años allá he servido...
y á nadie le está prohibido
tener sentido comun.
Expuesto á muchos azares
he tenido altos y bajos:
he pasado mil trabajos
perdido por esos mares,
y allí en fiera sacudida
con la muerte frente á frente,
se estudia perfectamente
lo que es y vale la vida.
¡La gloria!... vamos á ver:
¿la hallarás... y no te irrites,
dando suntuosos convites
á quien tiene que comer?
¿Puede dar dicha jamas,
entre hombres sérios y buenos,
un caballo más ó ménos,
un coche ménos ó más?
Que lo creas ó no creas,
es mal camino el que escojes:
tantos espejos, relojes,
y lacayos y libreas,
por de pronto ¡pésia tal!
no te dan paz ni reposo...
ni aun disfrutas como esposo
de la dicha conyugal.
DAMIAN. ¿Qué es ello?
ANDRÉS. Lo que he notado.
DAMIAN. Pero ¡Andrés!... ¿que estás diciendo?
ANDRÉS. Aquí llorando y gimiendo

á tu mujer he encontrado...

DAMIAN. ¡Los nervios!... Bah!... bah?... ¿y te vienes...
es la diaria funcion:
estas señoritas son
tan dengosas...

ANDRÉS. Pues ahí tienes
el mal de haber elegido...

DAMIAN. Pero y ya ¿qué le he de hacer?

ANDRÉS. Cuando llora la mujer...

DAMIAN. (*Risueño.*) ¿Debe llorar el marido?

ANDRÉS. No, no he querido decir...
el hombre no llora tan...
mas si no llora, Damian,
hace muy mal en reir.

DAMIAN. ¡Ya!...

ANDRÉS. Pero echemos á un lado
los duelos é inconvenientes
que hallar podrás, referentes
á tu conyugal estado.
¿Crees que esa gloria que dices
te la traerán por la posta,
los que tragan á tu costa
buen vino y buenas perdices?
¿Quién sabe... fácil será,
porque de todo hay aquí,
si al murmurar para sí
alguno de esos, dirá,
y con razon que le sobre,
miéntras engulle un capon...
—«Este espléndido patron
que ha diez años era un pobre,
¿cómo se habrá gobernado
para encontrar tanto oro?
ello es que encontró un tesoro...
mas ¿cómo le habrá encontrado?»
¿Me escuchas y te sonries?
pues esta felicidad

no es muy gloriosa, en verdad.

DAMIAN. ¡Pobre Andrés!... ¡no desvaríes!
Lo que dices atestigua
tu absoluta inexperiencia,
y tu salvaje inocencia:
estás montado á la antigua.
Aquí nadie se entretiene
en eso... cada cual junta
lo que... y ninguno pregunta
cómo tiene lo que tiene.
Si fuéramos á mirar...
Uf!! seria menester...
Lo que hay que hacer es tener...
y bastante que contar.
Yo el llanto de mi señora
sabré secar con encajes,
con joyas y con carruajes...
y verás cómo me adora.
Yo, á los que más me defrauden
y envidien más mi destino,
les daré trufas y vino,
y verás cómo me aplauden.
Yo con ese vil metal
al que niegas tus favores,
sabré entrar de los honores
por la puerta principal.
Pues con él de cualquier modo,
sabré hallar, á más del lujo,
respeto, honores, influjo,
amores, amigos... ¡todo!
Con que ya ves si derecho
por el buen camino voy.
Cuando te digo que soy...

ANDRÉS. Pues, amigo, buen provecho.

DAMIAN. ¿Insistes en renunciar
un brillante porvenir?..
Pues bien; sí; debes partir,

que te puedes contagiar.
Tu virtud no se comprende...
y es lástima, lo confieso...

ANDRÉS. No es eso, Damian, no es eso;
es que cada cual se entiende.
Es que nuestros ojos ven
á su modo los extremos;
es que tú y yo comprendemos
de opuesta manera el bien.
Tú tras de él vas al acaso
saltando de muro en muro;
y yo voy á lo seguro,
y sin salir de mi paso.
En el terrenal Eden,
de todo infortunio ileso,
quieres penetrar ¿no es eso?
es muy justo; yo tambien.
¿Cómo se vence en la lid?
¿Qué senda guia mejor
á ese Eden tan seductor?
Jée!.. Damian... ahí está el *quid*.
Tú eliges la más pendiente;
la del fausto, los honores,
sin que te causen temores
los barrancos ni... ¡corriente!
Yo ménos ruidoso, hermano,
ménos á la suerte exijo,
y el camino llano elijo;
y tan elijo lo llano,
que no cambio, y voy derecho,
por todo tu rico fruto,
lo que hay en este canuto,
ni la cruz que vá en mi pecho.
Conque ¡ande la tremolina!
he dado á mi pátria un brazo...
mas éste, y este pedazo,
son de mi padre y Sabina.

Allá en paz y con reposo
me ingeniaré... y en fin, chico,
tú más que yo serás rico...
¡Ah! pero no más dichoso.

DAMIAN. Bien, bien; haz lo que te cuadre...
echada la suerte está,
y una vez que vas allá.
reconcíliame con padre.

ANDRÉS. ¿No correis bien?

DAMIAN. No... no sé:
quiso á la corte venir,
no le pude recibir...
y sin esperar se fué.
Le remití un dinerejo...

ANDRÉS. (*Con seriedad*) Y... ¿lo tomó?

DAMIAN. ¿Tomar? no;
intacto lo devolvió.

ANDRÉS. (*Pasándose la mano por los ojos y sonriendo con la mayor satisfaccion.*)
¡Es mucho viejo aquel viejo!
Bien, ya curaré esa herida:
en tu nombre le hablaré,
y todo lo arreglaré.
¡Qué diablos! Damian, descuida.

DAMIAN. (*Inquieto y dando algunos pasos hácia el fondo.*)
¡Oigo rumor...

ANDRÉS. ¿Dónde vas?

DAMIAN. Sí, serán los del banquete...

ANDRÉS. Nada, chico, no te inquiete
mi presencia, ya verás
que saludo... ¡voto á brios!
y qué respeto y aplomo...
(*Cuadrándose y alzando la voz al ver á Perfecto, que baja por el fondo con un estuche en la mano.*)
Conque, señor de Palomo,
á los piés de usía.

DAMIAN. Adios.

(Se encamina hácia el fondo, y al pasar cerca de Perfecto, éste le mira en ademan despreciativo. Andrès se dirige á él con el puño levantado.)

ESCENA XIV.

ANDRÉS.—DAMIAN.—PERFECTO.

ANDRÉS. ¡Me mira usted, caballero?...
PERFECTO. (*Retrocediendo espantado.*)
Eh!... ¿cómo?... ¡qué alevosía!...
DAMIAN. ¡Andrés!!
ANDRÉS. (*Conteniéndose.*) Ah!... perdone usía.
(*Devuelve á Perfecto la mirada despreciativa, y parte.*)

ESCENA XV.

DAMIAN.—PERFECTO. Despues DAMAS y CABALLEROS.

PERFECTO. ¡Quién es este *manquiféro*?
DAMIAN. Un chico impetuoso y franco...
PERFECTO. Lo creo.
DAMIAN. Y de génio avieso...
PERFECTO. ¿Me ha insultado?
DAMIAN. No. ¿Qué es eso?
PERFECTO. ¿Conmigo atreverse un manco?...
DAMIAN. ¿Qué traes?...
PERFECTO. Es un presente,
un regalo que te envia
en este solemne dia
el ilustre Presidente
del Consejo.
(*Abre el estuche dentro del cual vienen la banda y gran Cruz de Cárlos III con un pliego cerrado.*)
DAMIAN. (*Con extremada alegría.*)
Ah!... sí, ya infiero...
(*Abriendo y recorriendo el pliego.*)

Justo !... el decreto es de hoy...
¡ Ya tengo Excelencia!... ¡Soy...
Gran cruz de Cárlos Tercero!

PERFECTO. (*Sacando la placa.*)
Á lucirla.

DAMIAN. Claro está !

PERFECTO. Póntela aquí, en el costado...

DAMIAN. ¿Mas sin haberme cruzado?

PERFECTO. Por supuesto ! ¿qué más dá ?

DAMIAN. ¡Qué dia ! no me era dable
imaginar que tan pronto...
¡ Cómo subo y me remonto !...
hoy lo más digno y notable
de Madrid mi casa encierra,
y tiene esto ya un barniz ...
¡Soy el hombre más feliz
de cuantos hay en la tierra !!
(*Se entra con el estuche en la habitacion de la derecha. En el fondo aparecen algunos caballeros, despues otros y señoras, que van tomando puesto en el escenario.*)

PERFECTO. (*Reparando en los que han entrado.*)
Eh !... ya tenemos aquí...
(*Á los que se hallan más cerca.*)
¡ Hola, amigos!... bien venidos.
(*Dando la mano á un jóven.*)
Adios, terror de maridos ;
¿qué tal con la nueva hurí ?
(*Á unas señoras que se detienen en el fondo.*)
Adelante, Inés, Teresa,
las de encantos sobrehumanos...
¡ Qué frio en los Puritanos
anoche ! — Adios Baronesa.
¿ Y el Baron ? ¿ Vendrá despues ?
Estando usted, con razon...
Oh ! ¡ Qué dichoso Baron !...
(*Á otro caballero.*)

Allí está Elena, Marqués.

(*Sale ésta de la habitacion de la izquierda. Enrique despues por el fondo. Las Damas y Caballeros rodean y saludan á aquella. Entretanto dice Perfecto.*)

He pasado mi revista
y está ya toda la tropa...
que no se pase la sopa
es lo importante...
(*Viendo á Bautista que cruza por el fondo.*)
Eh! Bautista!
Que no falten los sorbetes:
la orquesta puede empezar...
Ah!.. y al punto á disparar
tres docenas de cohetes.
(*Se retira Bautista apresuradamente. Perfecto alzando la voz.*)
Pasemos al gran salon...
pero... ¡ah! falta su Excelencia...

TODOS. ¿Quién?

PERFECTO. Un poco de paciencia...
¡vedle allí! nuestro anfitrion!
(*Sale éste de la habitacion de la derecha con la banda y placa puestas, se dirige á los convidados, suena la música y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

Aparece Damian sentado junto á una mesita cargada de papeles y examinando algunos de ellos. Su rostro revela el mal estado de su salud y de su espíritu. Perfecto baja por el fondo; parece más grueso y con el vientre abultado.

ESCENA PRIMERA.

DAMIAN.—PERFECTO.

PERFECTO ¿Cómo has pasado la noche?
DAMIAN. Mal.
PERFECTO. ¿La mañana?
DAMIAN. Peor.
PERFECTO. ¿Y Elena, qué tal?
DAMIAN. No sé.
PERFECTO. ¿Hay noticias de *New-York*?
DAMIAN. No lo sé.
PERFECTO. Y Enrique, ¿insiste
en promover discusion

acerca de tus contratas
de tabacos?

DAMIAN. ¡Qué sé yo!

PERFECTO. Oh!... pues si tú no lo sabes...

DAMIAN. Bien, Perfecto; haz el favor
de no preguntarme más.

PERFECTO. Oye...

DAMIAN. Estos negocios son
reservados, y no quiero
que, con la intencion mejor,
hagas de ellos...

PERFECTO. ¿Qué!

DAMIAN. Platillo
de larga conversacion.

PERFECTO. Hombre!... eso es decirme...

DAMIAN. Que eres...
que eres un poco hablador;
que de lo tuyo y lo ageno
charlas sin temor de Dios.

PERFECTO. Pero mi intencion es siempre...

DAMIAN. Quién lo duda? tu intencion
es buena... pero, no obstante,
con su bondad, en rigor,
se puede comprometer
á... y lo dicho; se acabó.

PERFECTO. Noto que te falta calma
y te sobra mal humor...
vamos, no hay que exasperarse;
(*Se pasea dando la espalda á Damian.*)
porque la exasperacion
reduce al hombre á un estado
(*Damian impaciente entra en la habitacion de la derecha.*)
de embrutecimiento atroz.
Quien come bien, duerme bien;
mas si das... (*Volviéndose.*) Eh?... ¡se largó!
Este hombre vá para abajo;

sí; carece, en mi opinion,
de la frescura, el aplomo
que todo hombre superior...
(*Un lacayo desde el fondo.*)

LACAYO. El señor D. Bonifacio.
(*Se retira.*)

PERFECTO. El médico; en ocasion
viene la más oportuna.
Me vá inspirando un horror
esta casa... y las escenas...
porque mi organizacion
para la alegría... bien;
mas lo que es para el dolor...

ESCENA III.

PERFECTO.—EL DOCTOR.

DOCTOR. Buenos dias, caballero.

PERFECTO. ¡Oh esclarecido varon!
venga usted y aplique al punto
el bálsamo salvador
á los pacientes, porque esto
es una desolacion.

DOCTOR. ¿Hay alguna novedad?

PERFECTO. No, sospecho que los dos
siguen lo mismo que anoche...

DOCTOR. Lo cual no es consolador.

PERFECTO. (*En tono de confianza.*)
¿Opina usted de ella?...

DOCTOR. Mal;
creo que su situacion
es cosa desesperada.

PERFECTO. Mas la ciencia...

DOCTOR. Sí señor;
la ciencia tiene recursos;
muchos y buenos halló...

mas la ciencia no ha sabido
jamas hacer un pulmon.

PERFECTO. ¿Con que el pulmon!... ¡lo que dije!
me precio de observador:
há dos años anuncié
en este mismo salon...
«Los sufrimientos morales
influyen mucho...» ¿eh, Doctor?

DOCTOR. Sin duda; y si hay ademas
cierta predisposicion...

PERFECTO. ¡Pobre chica!.. No, pues él
tiene tambien un color...
¿Sabe usted que no me gusta?
que temo...

DOCTOR. Pues no hay razon
para tanto; en él no encuentro
causas que inspiren temor
por su existencia: no digo
que más adelante...

PERFECTO. Oh!...
advierto á usted que poseo
un ojo escudriñador,
uf!.. aconséjele usted
que vuelva á la animacion
antigua, que dé comidas
sobre todo...

DOCTOR. En un error
está usted, amigo mio:
esa, esa disipacion
en que ha pasado unos años,
ha sido el primer motor,
sino el exclusivo orígen,
de la fuerte irritacion
nerviosa que está sufriendo.

PERFECTO. ¿Qué dice usted?.. ¡por quien soy!
Doctor, usted equivoca,
extravía la cuestion.

Míreme usted: he gozado
de esa vida de *debauche*
mucho más que él, pero mucho,
no tiene comparacion:
en Madrid siempre me quedo
en donde comen mejor,
y ya vé usted qué rollizo
me encuentro, y qué guapeton.

DOCTOR. Por eso morirá usted
ántes que él.

PERFECTO. (*Desconcertado.*) Eh!!

DOCTOR. Lo que oyó.

PERFECTO. Pero, hombre... ¡qué escopetazo!..
¿qué pruebas...

DOCTOR. La elevacion
de ese abdómen...
(*Perfecto lleva á él las dos manos rápidamente.*)
Su volúmen...
muestran la existencia de una
hidropesía precoz.

PERFECTO. ¡Hidro...

DOCTOR. En creciendo algo más...

PERFECTO. Y... ¿crecerá?

DOCTOR. Sí, señor:
los líquidos pertinaces
dilatan esa region
de una manera monstruosa.

PERFECTO. ¡Ay!... Mas ¿qué remedio...

DOCTOR. No,
eso es para más despacio:
si usted en su curacion
quiere ocuparse, hablaremos;
consúlteme usted...

PERFECTO. ¡Desde hoy!

DOCTOR. (*Dándole una tarjeta.*)
Tome usted, ahí van las señas
de mi nueva habitacion.

PERFECTO. Voy á ponerme una cincha
que ajuste bien...
DOCTOR. (*Encaminándose á la habitacion de la izquierda.*)
Y yo voy
á ver á mi pobre enferma...
Mas ¡qué miro? ¡santo Dios!
¿venir aquí por su pié?...
PERFECTO. (*Tentándose el vientre.*)
¡Algo peor estoy yo!
(*Aparece Elena apoyada en el brazo de una de sus doncellas: en la palidez del rostro, y en sus lánguidos ademanes revelará la intensidad de sus padecimientos. El Doctor la conduce á una butaca.*)

ESCENA III.

ELENA.—PERFECTO.—El DOCTOR.—La DONCELLA.

DOCTOR. Señora, no apruebo esto;
aún está muy delicada...
Vamos, aquí... poco á poco...
Lo está usted viendo? Se cansa...
El éter!
(*La Doncella le dá un pomito que el Doctor aplica á las narices de Elena.*)
PERFECTO. ¿Se ha desmayado!...
DOCTOR. (*Á Elena que vuelve en sí.*)
Qué tal?
ELENA. Eh!... no ha sido nada...
una ligera fatiga...
un poco de opresion...
(*A la Doncella que se retira.*)
Ana?
ya te llamaré despues.
PERFECTO. ¡Ay amiguita del alma!

¡qué maluchos nos hallamos!...
Yo...

ELENA. Ruego á usted que me haga
el favor de retirarse.

PERFECTO. (¡Lo de siempre!) Al punto, vaya!
ustedes tendrán que hablar,
y no debo...
(*Contemplándose.*) ¡Condenada
rotundidad! Si parece
que por momentos se agranda!...
Voy á cincharme... Damian
acaso tendrá una faja...
(*Entra en la habitacion de la derecha. El Doctor se ha sentado al lado de Elena, y la pulsa.*)

ESCENA IV.

ELENA.—El DOCTOR.

ELENA. ¿Si hago á usted una pregunta,
aunque le parezca rara,
podré contar por su parte
con una respuesta franca?

DOCTOR. Usted bien sabe, señora,
con cuánto interes, y cuánta
atencion me he consagrado
á velar...

ELENA. Es cierto... gracias.
¿Me muero pronto, es verdad?

DOCTOR. La respuesta no se halla
completamente al alcance
de la prevision humana.
Encuentro á usted grave, sí;
la fiebre viene arraigada
de antiguo... pero, con todo,
no hay que perder la esperanza.
La juventud puede mucho,

y con frecuencia avasalla
los padecimientos más
complicados...

ELENA. Basta, basta...
su respuesta, para mí,
es muy cumplida... muy clara.

DOCTOR. Cuidado que no aseguro...
que no he dicho una palabra
decisiva.

ELENA. Ustedes nunca...
la pronuncian: creen que falta...
y con razon muchas veces,
el valor para escucharla.
¡Ay Doctor!... Cuando la vida
dulce y tranquila resbala...
debe ser muy doloroso
perderla en edad temprana.
Mas cuando esa misma vida
es una insufrible carga...
la melancólica imágen
de la muerte... no, no espanta.

DOCTOR. Bien: no pensemos en eso:
se agita usted y se exalta
demasiado... Es conveniente
que vuelva usted á su estancia:
respirará usted mejor;
esta atmósfera es pesada...

ELENA. Quisiera hablar con mi esposo
ántes de... Y si fuera tanta
su bondad, que le dijera
que le aguardo en esta sala,
le agradeceria...

DOCTOR. Eso
y todo lo que le plazca.
Pero no se empeñe usted
en hablar mucho; cachaza,
y evitar las emociones...

ELENA. (*Señalando la habitacion de la derecha.*)
Sí, Doctor.

DOCTOR. (*Dirigiéndose á la habitacion.*)
Voy sin tardanza.

ESCENA V.

ELENA.

Oigo ya que en torno mio
bate sus fúnebres alas
el ángel del sueño eterno...
¡qué lentas son sus pisadas!
Bien venido el ángel sea;
ha tiempo que le aguardaba...
pero no quiero que Enrique
lo encuentre en esta morada.
¡Alma pura como pocas,
dá libre curso á tus lágrimas...
pero no sufras mirándome...
y deja que sola parta!
(*Sale Perfecto de la habitacion de la derecha rodeándose el cuerpo con una cinta que se desciñe al aparecer en la escena.*)

ESCENA VI.

ELENA.—PERFECTO.

PERFECTO. (*Sin lograr que Elena le preste atencion.*)
Pues no habia reparado...
¡qué atrocidad... ¡siete cuartas...
(*Enseñándole la cinta.*)
Elena ¿qué piensa usted
que es esto? Casi dos varas
de cintura!... Á estallar voy
lo mismo que una cigarra.

¿Sabe usted que estoy herido
de muerte? ¿que si no amaina
esta robustez creciente,
voy á dar las boqueadas?...
El Doctor dice que estoy...
¡horror! ¡hidrópico!!... Es ganga
la enfermedad...
(*Alejándose de Elena.*)
No me oye:
no se cuida de... ¡qué entrañas
tienen algunas deidades!...
¡ninguno de mí se apiada!...
(*Viendo al Doctor que sale de la habitacion de la derecha.*)
¿con que, diga usted, Doctor...

ESCENA VII.

ELENA.—PERFECTO.—DOCTOR.—Despues DAMIAN.

DOCTOR. Déjeme usted por las ánimas!...
(*Á Elena.*)
He cumplido con su encargo,
y ya sale: por Dios, calma,
y le ruego que no sea
la conversacion muy larga.
(*Sale Damian.*)
Voy en tanto á disponer
las recetas necesarias...
(*El Doctor entra en la habitacion de la izquierda.*)

PERFECTO. Señores, cualquiera otro
que como yo se encontrara
dentro de esta inmensidad,
estaria dando cada
alarido...

ELENA. Ruego á usted

que nos deje.

PERFECTO. (¡Temeraria
mujer!... qué afecto me tiene!
¡ni aun que me queje le agrada!
¡egoismo!...) Sí señora;
sus deseos ignoraba...
pero al punto quedarán
satisfechos.—(¡Si lograra
que el Doctor me diera algun
consuelo... ¡Hidrópico! ¡Cáscaras!)
(*Entra en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ELENA.—DAMIAN.

DAMIAN. ¿Qué me quieres? El Doctor
me ha dicho en tu nombre...

ELENA. Sí,
le rogué...

DAMIAN. Ya estoy aquí.

ELENA. Quiero pedirte un favor.

DAMIAN. ¿Un favor... tú! por demas
me dejas hoy sorprendido:
tantos hacerte he querido
que no aceptaste jamas!..

ELENA. He tenido mis razones
para ello... y no lo siento;
mas este no es el momento
de entrar en explicaciones...

DAMIAN. No esperes te mortifique
con ellas... ni que me pese...
¿y bien? ¿qué favor es ese?

ELENA. Quiero que no vuelva Enrique
á traspasar los umbrales
de esta casa.

DAMIAN. Es muy donoso

el favor... No soy celoso...
porque sé bien lo que vales.

ELENA. Los celos y mi valor
deja á un lado... lo que pido...
es un favor... y he concluido.
¿Me otorgas ese favor?

DAMIAN. Es una exigencia tan
rara... ¿Saber podré
ántes de acceder, por qué
lo pides con tanto afan?

ELENA. Por capricho... qué sé yo...
Este es el favor primero
que he pedido... y el postrero
será tambien.

DAMIAN. ¿Por qué? No.
Bien sabes que he deseado
prevenir tu voluntad...
Nunca la felicidad
tuve de haber acertado.
Pide, exige y volveré
como si por vez primera...

ELENA. Es que aunque pedir quisiera,
pronto pedir no podré.

DAMIAN. ¡Qué misterio!.. No comprendo...
¿Á qué viene ese capricho?...

ELENA. ¿Pues qué! ¿El Doctor no te ha dicho...
¡ay Dios! que me estoy muriendo?

ELENA. Morir!.. la debilidad
que sufres, esas quimeras...

ELENA. Será todo lo que quieras;
pero yo sé que es verdad.

DAMIAN. Espero aún...

ELENA. Nada espero:
parecen sueños extraños...
¡Morir á los veinte años!..
y sin embargo... me muero.
Mis horas se precipitan:

su paso la vida ahuyenta...
¡Que Dios no lo tome en cuenta
á los que así me la quitan!

DAMIAN. ¿Eso más?.. ¿Es alusion?

ELENA. No sé... á nadie guardo encono:
sólo sé que los perdono
con todo mi corazon.

DAMIAN. Es que yo, Elena, he querido...

ELENA. Vé que se aumenta mi afan...
¿Me otorgas ó no, Damian,
el favor que te he pedido?

DAMIAN. De comprometerme tratas...
es Diputado, y por eso
no conviene... en el Congreso
puede atacar mis contratas
si le ofendo, claro está,
con más brio... bien lo infieres...
mas no obstante, si lo quieres,
desde hoy aquí no entrará.

ELENA. Es harto justificado;
nada temas ni te asombre,
que su enojo como hombre
no influirá en el Diputado.

DAMIAN. Siendo un hombre tan cumplido
¿por qué se le ha de ofender?...

ELENA. Porque así lo he menester.

DAMIAN. Ah! sí?.. bueno... concedido.

ELENA. (*Incorporándose.*) Gracias.

DAMIAN. (*Ofreciéndole el brazo.*) ¿Quieres...

ELENA. No vacila...
mi planta aún... puedo ir...
(*Dirigiéndose lentamente á la habitacion de la izquierda.*)
(Ay!.. no me verá sufrir...
¡Ya puedo morir tranquila!)
(*Entra en la habitacion. Damian con los brazos cruzados la sigue con la vista.*)

ESCENA IX.

DAMIAN.—Despues BAUTISTA.

DAMIAN. Bien, doña Elena, muy bien:
somos dichosos... ¡ya es droga!...
se muere porque le ahoga
ese orgulloso desden
con que siempre ha rechazado
mis obsequios, mi fortuna...
La quise de ilustre cuna...
¡me está muy bien empleado!
Sí, debo apurar la copa...
y yo que soy todo un Creso
¿no podré?...

BAUTISTA. (*Trayendo una carta en una bandeja de plata.*)
Señor?

DAMIAN. ¿Qué es eso?

BAUTISTA. Cuando he doblado la ropa
esta carta se cayó.
Esta aún cerrada...

DAMIAN. Á ver? Sí;
anteayer la recibí:
la guardé, y se me olvidó.
Vete. (*Se retira Bautista por donde salió, y Damian abre la carta.*)
Ya sé de quién es:
abramosla, que á fe mia,
no ha podido en mejor dia...
Carta de mi hermano Andrés.
—«No escribes, y esto me inquieta:
nos olvidas... y pensamos
en tí; por acá gozamos
de la salud más completa.»—
Tambien por acá, tambien.
—«La cosecha fué gran cosa;

pero aun es más asombrosa
la que viene.»—Bien, muy bien.
—«Damian, vivo satisfecho:
prospera el campo, el ganado...
¡parece que Dios le ha echado
su bendicion...»—Buen provecho.
—«Si nos llegaras á ver...
¡tiene esto tan buena sombra!
padre es el que no te nombra
jamas.»—Sí?... ¡Cómo ha de ser!
—«Mas cuando hablamos de tí,
haciéndose el distraido,
aplica mucho el oido...
ya entiendes.»—Mas vale así.
—«Con el tiempo todo pása:
ya vendrán las alegrias...
Dentro de dos ó tres dias
iré á Madrid y á tu casa,
para que en mi regocijo
tomes parte... has de saber
que mi Sabina anteayer
me ha dado un hermoso hijo.»—
Y á mí siempre el varapalo...
no hay paciencia que soporte...
—«A compras voy á la Corte;
quiero hacerla un buen regalo,
porque nunca tiene antojos,
ni me molesta jamas.
La pobre me quiere mas
que á las niñas de sus ojos!—»
(*Furioso, rasga la carta, arroja los pedazos y se pasea.*)
Tambien la mia: tambien
la regalo, mas no hay traza
para que... Sí! me rechaza,
me desprecia... y ¡hace bien!
¡Ellos sin pena ni agravio,

ignoran lo que es el lloro:
puedo enterrarlos en oro,
y ellos gozan y yo rabio.
(*Viendo á Enrique que baja por el fondo.*)
Ah!... Enrique!... (¡Otro nuevo azar!...)

ESCENA X.

DAMIAN.—ENRIQUE.

ENRIQUE. Servidor de usted. Parece
que... no sé si me equivoco,
se maravilla de verme.
DAMIAN. Sí señor, y no señor.
ENRIQUE. Sí... no... ¿Qué misterio es ese?
¿Por qué se sorprende usted...
DAMIAN. Me pesa, no me sorprende
su llegada; el sorprendido
lo será usted muy en breve.
ENRIQUE. ¿Qué me quiere usted decir?
¡Cómo esta Elena?
DAMIAN. Padece...
pero no se trata de eso;
vamos á hablar sériamente.
Ante todo, Sandoval,
le ruego que no interprete
mis palabras, ni me pida
que su orígen le revele;
obedézcalas usted
aunque le parezcan fuertes.
Es preciso, indispensable,
que desde hoy para siempre
de nuestra amistad los lazos
rotos y deshechos queden.
Al momento de esta casa
le suplico que se aleje,
y que á pisarla no vuelva

por más que de ello me pese...

ENRIQUE. Caballero!... eso es...

DAMIAN. Enrique,
esto es duro, ciertamente:
en su lugar, lo que haria
no sé... pero no se empeñe
en preguntarme qué causas
de este modo á hablar me impelen,
porque yo mismo esas causas
ignoro completamente.
No tengo más que decirle,
usted lo que guste piense...
pero esto me han exigido,
y esto dicen que conviene.
(*Le saluda y entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE.—Despues PERFECTO.

ENRIQUE. ¡Ira de Dios!... ¿qué ha pasado...
¡Qué es esto que me sucede?...
¡Arrojarme de la casa!...
¿Quién podrá sobre mi frente
esa ignominia imprimir,
sin que la vida le cueste?
Pero ese hombre parecia
pesaroso de ofenderme...
¡Dios mio! aquí pasa algo...
algo terrible, solemne...
(*Sale Perfecto de la habitacion de la izquierda.*)

PERFECTO. De todas partes me arrojan...
de mí nadie se conduele...

ENRIQUE. ¿Cómo está Elena?

PERFECTO. Insufrible;
me trata peor que á un mueble;
me ha echado de aquí y de allá...

ENRIQUE. ¿Ha echado á usted...
PERFECTO. Si no quiere
ver á nadie...
ENRIQUE. (Ah! ya comprendo...)
¿Está peor?
PERFECTO. Hum!... no tiene
buena cara... á cada paso
las congojas se suceden...
en fin, no se asuste usted;
pero se muere, se muere...
Y yo tambien voy de viaje...
ENRIQUE. ¡No hay poder que me sujete!...
quiero verla... ¡y la veré!
(Entra precipitadamente en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA XII.

PERFECTO.

¡Oiga usted! ¿quién le detiene?...
en alas de un amor triste
allá vá como un cohete...
¡Dichosa Elena!... al fin hay
quien por ella se interese;
pero por mí!... Desde el punto
en que ese Doctor aleve
me ha dado el golpe de gracia,
siento á manera de fiebre...
una inquietud... un calor...
una tendencía á extenderme...
(Sacando la cinta que ántes guardó y rodeándose la cintura.)
¡Cuidado con siete cuartas
de circunferencia... siete!...
(Notando que no le alcanza la cinta.)
Huif!... con cuatro dedos más

que ha crecido de repente!!...
Pero á este paso ¡Dios mio!...
no hay duda, voy á excederme
á mí mismo...
(Viendo á Andrés que baja por el fondo vestido como un ricacho de pueblo.)

ESCENA XIII.

ANDRÉS.—PERFECTO.

(Uf! ¡el inválido!
el manquito de *illo tempore*...
¿Si traerá los mismos humos...
¿Á quién busca este satélite?)
¿No ha encontrado usted á nadie
que le anuncie?

ANDRÉS. (*Despues de mirarle.*) Calle!... este
es aquel señor de antaño...
(*Vuelve á mirarle.*)
Cabal!... aquel mequetrefe
á quien por poco le rompo
de una puñada los dientes.)

PERFECTO. ¿Es usted manco tambien
de laringe?.. Extraño que entre
hasta aquí, sin decir ántes
á quién busca y lo que quiere.

ANDRÉS. Ruego á usted que no alce tanto
el gallo...

PERFECTO. ¿Cómo se entiende...

ANDRÉS. No soy manco de laringe;
mas sí de paciencia, y puede
que si usted se empeña en ello
al cabo se lo demuestre.

PERFECTO. ¿Qué es eso de demostrar?
es usted algo insolente...

ANDRÉS. (*Dirigiéndose á él con ademan hostil.*)

Una vez que lo desea...

PERFECTO. (*Retrocediendo y llamando.*)
Eh!.. Bautista! Roque! Perez!..

ESCENA XIV.

DAMIAN.—ANDRÉS.—PERFECTO.

DAMIAN. ¡Qué voces...

PERFECTO. ¡Este hombre...

DAMIAN (Ah!
mi hermano...) Perfecto?.. vete.

PERFECTO. (Ahora sí que me he caido
dentro de un pozo de nieve.)
¿Tambien tú das como Elena...

ANDRÉS. Sí, ruego á usted que nos deje...

PERFECTO. ¿Tambien usted?... sólo falta
que los lacayos me echen...
¡Si no fuera porque sufro
este penoso accidente,
pero en fin, ya volveré...
sí tal!.. (¿Quién será este peje?)
(*Se retira por el fondo.*)

ESCENA XV.

ANDRÉS.—DAMIAN.

ANDRÉS. Dí, ¿quién es este lebrel
que siempre se me aparece...

DAMIAN. Es un amigo, y parece
que la has tomado con él.

ANDRÉS. Es un hombre tan hinchado,
que aunque de humilde blasono,
dá en usar conmigo un tono...
que le tengo atravesado.
Y echaré por esos trigos...

DAMIAN. Pues á tus brios pon tasa,
porque quiero que en mi casa
se respete á mis amigos.
ANDRÉS. ¿Pues qué!.. los tienes?
DAMIAN. Bobada!
(*Con creciente exasperacion.*)
muchos sí, que no comprendes:
yo tengo de todo, ¿entiendes?
ANDRÉS. Ya!..
DAMIAN. Y á nadie envidio nada.
Cuanto imagina el deseo,
ha largo tiempo que estoy
realizando; porque soy...
¡soy muy feliz!
ANDRÉS. Ya lo veo.
Modelo de hombres felices...
nada tengo que oponer;
como que no hay más que ver
el gesto con que lo dices.
DAMIAN. (*Alto.*) Pues, sí señor!
ANDRÉS. (*Más.*) ¡Es verdad!
DAMIAN. Ese gesto...
ANDRÉS. Por supuesto,
tu gesto... claro, es un gesto
de inmensa felicidad.
DAMIAN. Bah!.. ¿pretendes sofocarme?
te advierto que no me cuido
de gestos... ¡Oiga! ¿Has venido
por ventura á retratarme?
ANDRÉS. No, Damian; ya tienes harta
noticia de mi deseo,
¿verdad? sí, por aquí veo
los pedazos de mi carta.
Creia, como lo digo,
hallarte de buen cariz...
mas... ¡cómo eres tan feliz!..
no se puede hablar contigo.

DAMIAN. (*Afectando calma.*)
Andrés, deja la ironía,
y no turbes mi reposo:
si soy ó no venturoso,
eso será cuenta mia.
No necesito en el suelo
de nada, cesa en tu afan...

ANDRÉS. Sí necesitas, Damian;
necesitas... de consuelo.

DAMIAN. (*Esforzando una sonrisa.*)
¿Consuelo...? ¡Qué pesadilla!

ANDRÉS. Y de mucho, en mi sentir;
no lo querrás admitir,
porque creerás que te humilla;
pero sé, pues me he informado,
que eres, con todo tu nombre,
un rico... muy pobre hombre,
y un feliz... muy desgraciado.

DAMIAN. (*Reprimiéndose.*)
Como te sufro, no sé;
porque es mucho desahogo...
y bien, feroz pedagogo,
¿en qué te fundas?

ANDRÉS. En qué?
mis lábios te lo dirán
sin el menor disimulo,
pues te consta que no adulo:
¿qué es de tu salud, Damian?
pregunta: y sin que discorden
los hombres de buen sentido,
te dirán que la has perdido
en los brazos del desórden;
sí, y que hallaste en galardon
de tanta desenvoltura,
una vejez prematura.
¿Qué es de tu buena opinion?
(*Damian quiere interrumpirle.*)

Concluyo: y vamos á ver;
¿Qué es de la paz de tu casa?
Si es mucha, Damian, ó escasa
pregúntalo á tu mujer...
Á tu mujer, que no es necia:
que vivirá pocas horas;
á tu mujer que aun ignoras
si te aborrece ó desprecia.

DAMIAN. ¡Andrés!

ANDRÉS. Hé aquí en conclusion
toda tu dicha y reposo:
¿se puede ser venturoso
sin paz, salud ni opinion?

DAMIAN. ¡Calla!... ó teme un desatino...

ANDRÉS. ¿Del que despues te avergüences?...
Vamos, Damian, ¿te convences
de que has errado el camino?

DAMIAN. No!!...

ANDRÉS. ¡Qué empeño en sostener...
¿no estás viendo, majadero,
que con todo tu dinero
estás dado á Lucifer?
Hermano, la vida es corta,
y por lo mismo te hablo...

DAMIAN. Pero... que esté dado al diablo
ó á Dios, ¿á tí qué te importa?
¿Has de responder por mí
cuando llegue la ocasion?...
¿Á qué viene este sermon,
ni quién te ha llamado aquí?

ANDRÉS. Vine por aconsejar
lo que juzgo en mi conciencia...

DAMIAN. Ha sido una impertinencia
que bien pudiste excusar.
Y dá ya por terminada
tu mision...

ANDRÉS. ¿Se me despide?...

DAMIAN. Consejos... al que los pide:
yo no te he pedido nada.
Y puesto que allá prosperas,
advierte que aquí me enojas...

ANDRÉS. ¿Conque es decir que me arrojas
de tu casa?

DAMIAN. Como quieras.

ANDRÉS. Hombre... tendria que ver...
¡por vida de Belcebú!...
¿echarme á la calle... tú?
(*Sentándose.*)
Bah!... si eso no puede ser.

DAMIAN. (*Con creciente arrebato.*)
¡Pues si puede!... ¡voto á San!...
que ya mi paciencia apuras.
¿Quién te mete á tí en honduras?...
¿Consejos á mí un patan?...
¡Con tan nécia pretension
al fin mi cólera enciendes!
¿Qué sabes tú, ni qué entiendes?...

ANDRÉS. (*Interrumpiéndole, pero con benevolencia.*)
De nada, tienes razon.
Haya paz... ¡Miren qué tilde
me pone!... no es un agravio...
ví mucho... no soy un sábio...
pero en cambio soy humilde.

DAMIAN. ¿Humilde, tú!?

ANDRÉS. Mucho, sí;
todos cometemos yerro...
humilde sí, como un perro...
cuando se trata de mí.
Por eso te escucho tan
tranquilo... y nada; es en vano...
los agravios de un hermano
no son agravios, Damian.

DAMIAN. Bien, gracias por esa calma:
no necesito lecciones

de nobles aspiraciones
ni de grandeza de alma.
Y vé qué cansado estás;
si eso es lo que te ha traido...

ANDRÉS. Tú bien...

DAMIAN. Pues hemos concluido.

ANDRÉS. No, hermano; que aún falta más.

DAMIAN. ¡Por vida!...

ANDRÉS. Una comision,
¡la más grata para mi!
me trajo tambien aquí.
¡Vengo á traerte el perdon
de nuestro buen padre!

DAMIAN. ¿Y qué?

ANDRÉS. *(Incorporándose.)*
¿Y qué? ¿tan indiferente
lo escuchas?

DAMIAN. Sí, ciertamente:
¡perdon! ¿y en qué le falté?
En verdad que no me explico
de su enojo la razon.
¿Por qué sin su aprobacion
me he permitido ser rico?
¿Por qué aquí sin avisar
se presentó una mañana
con su rudeza aldeana
y le hicieron esperar?
¡Vive Dios que estos reparos
son demasiado prolijos!
¿Por qué culpan á los hijos
cuando los padres son raros?

ANDRÉS. ¡Blasfemo! la lengua ten,
que puede serte fatal:
quien trata á su padre mal
no puede acabar con bien.

DAMIAN. Acabe con bien ó no,
digo la verdad desnuda.

ANDRÉS. No tal.
DAMIAN. ¡Sí tal!!
ANDRÉS. (*Reprimiéndose y retirándose con muestras de enojo.*)
¡Dios te acuda...
y perdone... como yo!

ESCENA XVI.

DAMIAN.—Despues ENRIQUE.

DAMIAN. ¡Y perdone...! ¡Es peregrino
lo que á mí me está pasando!
¿Con que despues de sufrir
con la paciencia de un santo
su impertinente sermon,
resulta que soy un vándalo?..
¡Cabal!... resulta que soy
un mal hijo, un mal cristiano!...
Y se vá tan satisfecho...
¡Vaya con mil de á caballo!...
No necesito de nadie,
¡de nadie!... solo me basto;
soy rico, y por donde quiera
hallaré padres, hermanos...
(*Viendo á Enrique salir muy demudado de la habitacion de la izquierda, le dice con reconcentrado enojo.*)
¡Qué miro!... ¡Usted por ahí!
¿Tan pronto al olvido ha dado
lo que ántes hemos hablado?
¡Usted... de ese cuarto...?!
ENRIQUE. (*Con suma agitacion.*) Sí...
de ese cuarto... sí señor:
en él he querido entrar...
y... entré! Salgo á respirar...
porque me ahoga el dolor.
DAMIAN. (*Con intencion.*)

De tanto dolor se infiere...
sí, pensar debe cualquiera...

ENRIQUE. Oh!... que piense lo que quiera...
nada me importa... ¡se muere!

DAMIAN. Mucho el pesar le cegó,
y tanto le ha conmovido,
que... por lo visto, ha creido
que tambien me muero yo.

ENRIQUE. (*Con ímpetu, pero conteniéndose al momento.*)
¿Usted...!! no... y es natural:
en estas horas de duelo
querrá mantener con celo
su derecho conyugal...
Perdone usted... he debido
dar tortura á mi conciencia,
afectando indiferencia
ante el severo marido...
(*Con desesperado abandono.*)
Pero mi dolor profundo
no reconoce deber;
ademas, esa mujer
no pertenece ya al mundo.

DAMIAN. Esa mujer, ya sucumba,
ó ya viviendo le asombre,
habrá de llevar mi nombre
aun más allá de la tumba.
Y viva ó muerta, ¡lo fio!
miéntras yo pueda alentar,
¡por Dios que lo ha de llevar
con honra del nombre mio!

ENRIQUE. Como lo ha llevado en vida
sabrá llevarlo hasta el cielo:
ella de honradas modelo,
severa, noble y sufrida;
de tan subido valor
por su pureza extremada,
no puede imprimir en nada

la mancha del deshonor.
Ambos nos hemos amado
con delirio. Á usted unida,
ambos variamos de vida,
hemos sufrido y callado.
Y entregados sin defensa
á tan contraria fortuna...
n!... ni una palabra, ¡ni una!
hemos trocado en su ofensa.
Ahora bien: ya que hoy la suerte
de esa mujer tan querida,
desde el seno de la vida
la arroja en el de la muerte;
vá usted á dejarme... ¡oh!
no le cause á usted enojos,
que cierre sus tristes ojos,
que su último aliento...

DAMIAN. (*Interponiéndose entre Enrique y la habitacion de la izquierda.*) No!!

ENRIQUE. Déjeme usted!

DAMIAN. No! jamas !!...
para entrar no hay más camino
que el de la muerte!

ENRIQUE. (*Frenético y en actitud de forzar el paso.*)
Asesino!
Bien, por él entraré...

DAMIAN. Atras!!...

(*Sale el Doctor de la habitacion de la izquierda y cierra las puertas. Los dos se le quedan mirando con ansiedad. Perfecto sale por el fondo.*)

ESCENA XVII.

DAMIAN.—ENRIQUE.—PERFECTO.—El DOCTOR.

DOCTOR. ¡Todo acabó!

PERFECTO. (¡Qué reñir!...)

(*Momento de silencio.*)

ENRIQUE. (*Como hablando para sí.*)
Toda diligencia es vana...
(*Dirigiéndose á Damian y apretándole la mano*).
¡Uno de los dos, mañana...
¡mañana! la ha de seguir!
(*Se dirige al fondo.*)

DAMIAN. ¡Al punto, será mejor!
Mis armas! pronto, buscadme...

DOCTOR. (*Sujetándolo.*)
Amigo!

PERFECTO. Damian!

DAMIAN. Dejadme!
¡no irriteis más mi furor!

DOCTOR. Pero ¡por Dios infinito!
¡en tal momento...

PERFECTO. Cabal!
y un hombre de tu caudal...

DAMIAN. ¡Maldito caudal, maldito!
¿De qué me sirve hoy el oro?
¿para qué fué tanto anhelo?
no puede darme consuelo,
no puede secar mi lloro
cuanto en mis arcas se encierra:
tan rico, tan potentado...
¡Soy el más desventurado
de cuantos hay en la tierra!!...
(*Se arroja sobre un sillon y se cubre el rostro con las manos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CASARRUBIOS DEL MONTE.

Sala baja en casa de un labrador rico: cuadros de asuntos místicos en las paredes; muebles antiguos, y en lugar conveniente una mesa y un sillón de baqueta. Puerta grande en el fondo, por donde se descubre el campo; otra en cada uno de los costados.

ESCENA PRIMERA.

En la escena SIMON y DIEGO.—Saliendo de uno de los costados SABINA.

SABINA. Ea! fuera la pereza!
Simon, lleva estos tres panes
terciados al tío Amalio
el ciego...

SIMON. ¡Qué disparate!
¿tres panes para uno solo?

SABINA. Haz siempre lo que te manden
sin murmurar.

SIMON. Bien, nostrama.

SABINA. Es pobre, es ciego y es padre
de muchos hijos...
SIMON. Son hijas.
SABINA. Y esas ¿no comen, salvaje?
SIMON. Ya!.. pero voy al dicir...
SABINA. Al que es pobre y tiene hambre,
miéntras haya en tu despensa
jamas la racion le tases.
SIMON. Eso es lo que dijo el cura
en el sermon la otra tarde.
SABINA. Y eso mismo, Simon, es
lo que debe practicarse.
Y anda ya; que tambien dijo:
«Si has de hacer bien... al escape!»
SIMON. Tambien lo dijo!.. Allá voy.
¡Qué Sabina!.. lo que sabe!!
(*Se retira por el fondo llevándose los tres panes. Sabina se dirige á un armario y saca unos vizcochos envueltos en un papel, y una libra de chocolate.*)
SABINA. Diego, ¿sabes dónde vive
Gregoria la de Getafe?
DIEGO. ¿La que ha parido tres chicos?
SABINA. La misma.
DIEGO. En cas de Alicates.
SABINA. Vé á llevarle estos vizcochos...
DIEGO. Bueno!
SABINA. Y este chocolate,
y esta onza de oro.
DIEGO. Jesús!!
SABINA. Todo en nombre del Alcalde
mi señor.
DIEGO. Pero ¡Sabina!..
pues digo que como saques
á este paso onzas del arca,
vas á dar con ella al traste...
SABINA. El que entre los pobres siembra,
cosecha felicidades.

DIEGO. Sigun y cómo...
SABINA. No hay más
que lo que digo... Y no tardes,
que aún no sabrá esa infeliz
lo que es hoy desayunarse.
DIEGO. Voy...
SABINA. Corre! que viene gente...
y no lo digas á nadie.
(*Se retira apresuradamente por el foro derecha, y salen alborozadas por la izquierda cuatro mozas del pueblo, ataviadas como de fiesta.*)

ESCENA II.

UNA. ¡Dios te guarde!
OTRA. Hola, Sabina!
SABINA. Risueñas venís.
MOZA 1.ª ¡En grande
amanece hoy Casarrubios!
MOZA 2.ª Más de cuarenta elegantes
aderezados de caza,
he visto en lindos carruajes
apearse ante las puertas
del castillo.
SABINA. Sí!
MOZA 3.ª ¿No sabes
que ha venido la Condesa,
Señora de estos lugares...
MOZA 4.ª ¿Y que habrá gran cacería...
MOZA 1.ª Y novilladas!
MOZA 2.ª Y bailes.
SABINA. Lo sé todo; allá está Andrés.
MOZA 3.ª Hola!.. ¿han venido á buscarle?
SABINA. Sí; la señora Condesa
nos honra con sus bondádes.
MOZA 4.ª Hace bien.
MOZA 1.ª Mira, Sabina,

venimos á suplicarte
que nos ayudes...

SABINA. ¿En qué?

MOZA 4.ª En convencer á tu padre
para qué nos dé licencia...

SABINA. Malo!

MOZA 1.ª ¿Ya vas á excusarte?

SABINA. No; pero...

MOZA 1.ª Sólo se trata
de que nos deje esta tarde
bailar en casa de Ramos...

SABINA. ¡En cuaresma!

MOZA 1.ª Y ¿qué le hace?
¿á quién vamos á ofender?

SABINA. ¡Mal conoceis su carácter!

MOZA 2.ª Vaya!.. que si tú lo pides...

SABINA. Yo? No haré tal... ¡Dios me guarde!

MOZA 3.ª Pues nosotras le hablaremos.

SABINA. Haced lo que más os cuadre...

LAS 4. Sí, le hablaremos.

SABINA. Bien dicho;
pues empezad que aquí sale.
(*Las cuatro se arremolinan con muestras de temor, y con las cabezas bajas retroceden á medida que el Tio Pedro se acerca mirándolas fijamente.*)

ESCENA III.

El tio PEDRO.—SABINA.—Las MOZAS.

PEDRO. Eh?.. ¿qué es eso?.. ¿por qué huís?

MOZA. 1.ª (*Con mucha humildad.*)
Señor Alcalde... ¡Comienza
tú!

MOZA 2.ª Yo?.. Si me dá vergüenza...

PEDRO. Sepamos á qué venís.

MOZA 2.ª Venimos... yo y la Maalena...

la Juana y... la Salomé...
á pedirle... que...

PEDRO. ¿Qué?

MOZA 2.ª Que...

PEDRO. Hum!.. no será cosa buena.

LAS 4. Sí Señor.

PEDRO. Bajais los ojos?
¿el miedo hablar os impide...
Lo que es justo no se pide
con temor ni... trampantojos.
Con que, no me desesperen,
y al grano, ¡al grano!

MOZA 1.ª (*Muy turbada.*) Queremos...
que... pero...

PEDRO. ¿No acabaremos?
Sabina, ¿qué es lo que quieren?

SABINA. Pretenden juntas holgar,
y quieren que su mercé
de buen talante les dé
licencia para bailar.

PEDRO. ¡Cómo, cómo?... ¿bailotéo
quieren las mozas?... Por vida...
Cabal!... el tiempo convida
á la holganza y al bureo.

LAS 4. Pero...

PEDRO. Callen! no haya gritos,
ó nos veremos las caras.
(*Á una.*)
Mas valiera que cuidaras
de tus pobres hermanitos.
(*Á otra.*)
Baldado hasta las rodillas
hoy tu anciano padre está...
¿crees que aliviarlo podrá
el son de tus seguidillas?
(*Á las otras dos.*)
Vosotras dos... por supuesto;

sois pobres, no trabajais,
y no obstante las dos vais
muy bien vestidas... ¡qué es esto!
Yo no sé cómo no os planto
en donde os hagan hilar...
¡Licencia para bailar,...
¡y bailar en tiempo santo!!...

LAS 4. (*En ademan humilde.*)
Señor...!

PEDRO. Nada! esto ya pasa
de lo justo, y no ha de ser:
cumplid con vuestro deber;
cuidad más de vuestra casa.
Y no me vengais á hablar
de músicas y retozos
que distraen á los mozos
cuando deben trabajar.
¿Entendeis bien lo que digo?

LAS 4. Señor Alcalde...

PEDRO. Pues ¡ea!
cada cual á su tarea,
y cuidadito conmigo!
(*Se retiran las cuatro muy humildes.*)

ESCENA IV.

SABINA.—PEDRO.—Despues HILARIO.

PEDRO. ¡Estas niñas... estas niñas
siempre dispuestas á holgar...!
Declaro que está el lugar
endiablado... como hay viñas.
¡Qué juventud!... Entre amores,
pendencias y fiestas... ¡pues!
se pasan... El caso es
que son ellas las peores.
(*Movimiento en Sabina.*)

Ellas las peores, sí!
porque con ansia mayor
sacan de quicio...

SABINA. Señor...

PEDRO. No, no lo digo por tí.
Andrés y tú sois mi prez:
con ejemplos bien prolijos
sois al par que buenos hijos
la gloria de mi vejez.
De otro modo, muy escasa
fuera aquí mi autoridad,
que limpia mal la ciudad
quien tiene sucia la casa.
Y así y todo... ¡buena es esa!
por más que me afano y grito...
¿Qué dirá el juez del distrito?
¿Qué la señora Condesa
y todos los que albergar
hoy en el pueblo han mandado,
cuando vean el estado
en que se encuentra el lugar?

SABINA. Ya se harán cargo...

PEDRO. Pamplina!

SABINA. Es que otras veces, Señor,
ha estado mucho peor...

PEDRO. Eso no es cuenta, Sabina.
El más ó el ménos, igual
viene á ser en mi tarea;
sí: todo lo que no sea
estar bien, es estar mal.
Mas si alguno hoy se me escapa
á la taberna, le jura
mi.... Voy á casa del cura,
y á rondar... Tráeme la capa.
(*Se retira Sabina por la puerta de la izquierda, y aparece en la del fondo Hilario.*)

ESCENA V.

PEDRO.—HILARIO.

Todo cargo concejil
ojos pide, y un cabal...

HILARIO. Mostramo, ¿se pué pasal?

PEDRO. Adelante el alguacil.

HILARIO. (*Adelantándose.*)
Santos y güenos.

PEDRO. Amen.
¿Ocurre algo de importancia?

HILARIO. Una pequeña iscordancia
entre Frutos y Guillen.
Les he dicho... pero ¡en valde!
conque vengo...

PEDRO. Ya lo infiero;
pero quítate el sombrero
qué estás hablando al Alcalde.
(*Se lo quita Pedro, se lo dá en la mano, y se sienta en el sillon junto á la mesa.*)

HILARIO. Verdá, tio Pedro.

PEDRO. Está bien.

HILARIO. Pero por más que... me olvido...
soy muy bruto!

PEDRO. Concedido.
¿Conque Frutos y Guillen
no hay medio de que se encuentren
en paz? pues que la mantengan
es fuerza... Díles que vengan.

HILARIO. Si están ahí juera.

PEDRO. Pues que entren.
(*Hilario se retira por el fondo.*)

ESCENA VI.

PEDRO.—Despues FRUTOS y GUILLEN.

Réditos que pedirá
¡ usurarios siempre! el
bribon de Gil Frutos, al
infeliz Marcos Guillen.
(*Salen Frutos y Guillen.*)

FRUTOS. Señor Alcalde...

PEDRO. Hola, Frutos.

GUILLEN. Que Dios guarde á su mercé.

PEDRO. Adios, Guillen, buenos dias.
¿Qué es ello? Vamos á ver.
Ya sabeis que no tolero
escándalos, ni querré
el que entre hombres de razon...

GUILLEN. Es que Frutos...

FRUTOS. No, Guillen...

PEDRO. Poquito á poco, y no hablemos
á un mismo tiempo los tres.
Hable Frutos.

FRUTOS. Pues señor,
yo bien pronto acabaré.
Éste me debe unos cuartos,
y me los viene á deber
bien hará sus ocho meses:
hoy me hacen falta, conque
se los he pedido, y dice
que no los puee devolver.
Pero como tengo prendas,
quiero venderlas; mas él
se opone, grita y me insulta...
y no hay más.

PEDRO. Bien, está bien.
¿Qué tienes tú que decir?

GUILLEN. Señor Alcalde, diré
por entero la verdad,
que él no ha dicho.
FRUTOS. Sí, pardiez!...
PEDRO. ¡Silencio, que ya has hablado!
FRUTOS. Pero es que...
PEDRO. Sigue, Guillen.
GUILLEN. Para enterrar á mi padre
ha ocho meses, me encontré
sin recursos, y acudí
á Frutos... como otros cien.
Me prestó trescientos reales,
un recibo le firmé,
y en prenda le dí mi capa,
dos sayas de mi mujer,
sin contar los intereses...
PEDRO. ¿Lleva réditos?
GUILLEN. Tambien;
una peseta por duro.
PEDRO. ¿Al año?
GUILLEN. ¿Qué al año... ¡al mes!
PEDRO. Hola!.. ¡el doscientos cuarenta
por ciento...
FRUTOS. Yo le diré
á usted... así se acostumbra;
porque suele suceder...
que no siempre los deudores
pagan...
PEDRO. Ya!... Sigue, Guillen.
GUILLEN. En los seis primeros meses
le he pagado el interes,
que monta á diez y ocho duros...
PEDRO. ¿Y te prestó.
GUILLEN. Quince.
PEDRO. Bien.
GUILLEN. Le hubiera pagado más;
pero en seguida mi Inés

cayó enferma, luego un chico,
despues otro... y yo tambien.
Llevo ya sin trabajar
dos meses... por no poder,
señor Alcalde, tenerme
con las tercianas en pié.
Éste, entretanto, me acosa
y dice que vá á vender
las ropas que tiene en prenda;
oyendo lo cual, no sé
lo que he dicho acalorado;
mas sin quererle ofender.

PEDRO. ¿Es así, Frutos?

FRUTOS. Señor,
en ley de verdad... así es.

PEDRO. Bueno: con que le prestaste
quince duros, y en los seis
primeros meses te ha dado
el deudor diez y ocho: tres
duros más del capital
que le prestaste... y á fe
que este rédito, es un rédito
que no autoriza la ley.
Por tanto, ya estás pagado...

FRUTOS. ¡Cómo pagado!... ¿Pues ¡que...

PEDRO. Silencio, y no me repliques:
y le vas á devolver
al punto recibo y ropas...
y ¡basta!... por esta vez.

FRUTOS. Pero señor...

PEDRO. Si lo dicho
no te agrada, os citaré
a juicio, y en él Gil Frutos
tal multa te he de imponer,
que no han de quedarte ganas
para abusar otra vez
de la miseria del hombre

trabajador y de bien.

FRUTOS. Yo...

PEDRO. Se acabó, y obedeèe;
que no hay tiempo que perder.

FRUTOS. (*Retirándose y murmurando aparte.*)
(Pues me gusta la justicia...)

GUILLEN. (*En actitud de retirarse.*)
Dios le pague...

PEDRO. Oye, Guillen:
Eres muy desventurado
y te debo protejer.
En tus apuros no pidas
á esos hombres ¡voto á quien!
cuyas entrañas no saben
lo que es caridad.

GUILLEN. Ay!

PEDRO. Ven,
ven á mí cuando no tengas
pan, y yo te le daré;
que aquí Dios dá para todos,
y lo dá sin interes.

GUILLEN. (*Queriendo arrodillarse.*)
¡Él le premie...

PEDRO. Vamos, quita:
adoraciones, á él.
¿Aún tendrás necesidad
de socorros...

GUILLEN. Señor...

PEDRO. (*Dándole una moneda.*) Ten.

GUILLEN. ¡Media onza!... ¡Señor Alcalde...
¿cómo pagarle podré...

PEDRO. Eh!... nada: á ponerse bueno,
y silencio. Hasta más ver.

GUILLEN. (*Sollozando y retirándose.*)
¡Dios le bendiga!

PEDRO. Adios, Marcos,
y él salud y pan te dé.

(*Al retirarse Guillen por el fondo, sale Sabina por la izquierda trayendo la capa.*)

ESCENA VII.

SABINA.—PEDRO.

SABINA. ¿Por qué llora?
PEDRO. Eh!... no hagas caso.
SABINA. ¡Ay!... y usted tambien los ojos
tiene arrasados en lágrimas!...
ya sé lo que es.
PEDRO. (*Secándose los ojos como á hurtadillas.*)
Pues me opongo
á que lo sepas, ¡fisgona!
¡siempre mirándome al rostro!...
SABINA. Y ¿cómo no, si él, señor,
es el espejo de todos?
PEDRO. (*Con amargura.*)
¿De todos... no!
SABINA. Dios querrá...
PEDRO. No, me basta con vosotros.
Mas como has tardado tanto
en traerme...
SABINA. Es que el embozo
estaba algo descosido:
despues le he quitado el polvo...
PEDRO. ¡Buena chica! ¡buena chica!
Vales, Sabina, un tesoro;
siempre cuidando á tu viejo...
SABINA. Á mi padre.
PEDRO. ¿Y el pimpollo?
SABINA. Durmiendo está en su camita...
PEDRO. ¡Tengo un nieto más hermoso...
(*Sale apresuradamente Hilario.*)

ESCENA VIII.

SABINA.—PEDRO.—HILARIO.

HILARIO. ¡Ay!... favor, señor Alcalde!
SABINA. ¿Qué!...
PEDRO. ¿Te persigue algun mónstruo?
HILARIO. Sí señor.
PEDRO. ¿Quién es?
HILARIO. El Síndico.
PEDRO. Y ¿por qué?
HILARIO. Porque á Gregorio,
su chico, llevaba preso...
PEDRO. Pues ¿qué ha hecho?...
HILARIO. Al pobre Romo
le ha sentao tres garrotazos,
que la cabeza le ha roto.
Le metí mano en seguia
pa llevarle al calabozo;
pero en seguia su padre
se presentó allí rabioso
y...—Que no lo has de llevar—
y yo—¡Que sí!—y él—Te rompo
el bautismo.—Y pro supuesto,
por no armar más alboroto
aquí estoy; pero él me sigue
con un garrote tan gordo...
y... ¡vele ahí!...

ESCENA IX.

Dichos.—BARTOLO con un garrote en la mano.

BARTOLO. Buenos dias.
Ya habrá venido ese zorro

con algun chisme.

HILARIO. He vinio...

PEDRO. ¡Calle el Alguacil! Bartolo.

BARTOLO. Pedro.

PEDRO. ¿Á dónde vas con tanto
garrote y con tanto enojo?

BARTOLO. Á quejarme del menistro,
que sa figurao que toos
semos unos.

PEDRO. ¿Es decír,
que á mí acudes...

BARTOLO. Claro.

PEDRO. Como
Alcalde que soy...

BARTOLO. Cabal.

PEDRO. (*Sentándose en el sillon.*)
Pues habla, que ya te oigo.

BARTOLO. Ná?... todo ello vale... ná!
porque al fin... ¡cosas de mozos!
se enrearon de palabras
mi chico mayor y el Romo;
y como mi chico... ¿entiendes?
de suyo es de genio pronto,
le sacudió... ¡ná! dos palos
en ménos que canta un pollo.
Je!... je!... ¡condenao de chico,
qué humos gasta!... Pero el otro
como está algo estropeao,
con escándalo notorio
escomenzó á berrear...
y al ruido acudió ese mono.

PEDRO. (*En tono de reconvencion.*)
Ese mono es el agente
de la autoridad...

BARTOLO. Apoyo;
pero no quita que sea
un cernícalo de afolio.

Sin reparar que mi chico...
es mi chico, y que compongo
una parte mu solene
del pueblo en el consistorio,
y que yo y tú semos primos
por parte de los Palomos,
se empeñó sin más ni más
en llevarlo al calabozo.
Pero no andaba yo léjos;
y allí, lo mesmo q'un corzo.
llegué, y l'arranqué la presa.

PEDRO. Pues has hecho mal.

BARTOLO. Inoro
porqué...

PEDRO. Porque por lo mismo
que eres Concejal, el dolo
es mayor, y das con él
un ejemplo pernicioso.

BARTOLO. Yo...

PEDRO. ¿Cómo han de respetar
tu fuero, si con asombro
de la justicia, te ven
ultrajar el de los otros?

BARTOLO. Pero mi chico...

PEDRO. Tu chico
es como el chico de todos
ante la vara que tengo
como un sagrado depósito.
Por tanto, á la cárcel pública
vas á llevarle... ¡tú propio!

BARTOLO. Pero ¡hombre!.. que es tu sobrino,
y es mandar un dispropósito.
(*Aparece Andrés en el fondo.*)

PEDRO. Aunque fuera mi hijo... ¿Ves?
¿Ves ese modelo hermoso
de hombres de bien?., pues si ese,
aunque lo juzgo remoto,

llegara á faltar un dia,
como ha faltado Gregorio,
le pondria... ¿qué en la cárcel?
aun cuando fuera en un potro!

BARTOLO. ¡Que ya seria algo ménos!...

PEDRO. De lo que digo respondo,
y ni una sola palabra,
ni una sílaba recojo.
Lleva á Gregorio á la cárcel,
y en un plazo perentorio:
dá este ejemplo de respeto
á la autoridad, ú os cojo
á él y á tí, y allá os conduzco
atados codo con codo.
Esto es lo justo: esto mando;
se acabó, y punto redondo.
(*Señala á Bartolo la salida, y éste se retira cabizbajo murmurando.*)

BARTOLO. (Vaya!.. este hombre raja y corta...
como si... ¡pues m'he lucido!..)

ESCENA X.

SABINA.—PEDRO.—ANDRÉS.—HILARIO.

ANDRÉS. (*Á Sabina que se encoje de hombros.*)
¿Qué ha sido?
(*Á Pedro.*)
Señor, ¿qué ha sido?

PEDRO. Jóven ¿y á usted, qué le importa?

ANDRÉS. Que era lícito creí,
y pregunté sin malicia...

PEDRO. Son asuntos de justicia
que incumben no más que á mí.

ANDRÉS. Que se trataba pensé
de ese desafío...

PEDRO. ¿Cuál?

SABINA. ¡Un desafío!
ANDRÉS. Cabal.
PEDRO. Pero ¿entre quiénes?
ANDRÉS. No sé.
Cuando salí del castillo
de la señora Condesa,
en la plaza hablaban de esa
catástrofe en un corrillo.
PEDRO. ¡Catástrofe!?..
ANDRÉS. En buena lid,
y con florete buïdo,
parece que se han batido
dos señores de Madrid.
Ello ha sido en las afueras
en donde el lance ha pasado:
los padrinos han echado
á correr por las laderas
al ver que llegaban gentes,
dejando por los senderos
las capas y los sombreros;
mas de los dos combatientes
el uno no se ha movido:
el otro no sé de cierto
si ha quedado herido ó muerto,
pero ha quedado tendido.
SABINA. Jesús!
PEDRO. Bueno; ahora un difunto
y un proceso criminal...
¡qué dia tan infernal!..
¿Hilario!
HILARIO. ¡Mostramo!
PEDRO. Al punto
que el médico, el cirujano
acudan allá...
HILARIO. Está bien.
PEDRO. Oye!.. y que avisen tambien
al síndico, al escribano...

HILARIO. (*Retirándose precipitadamente.*)
Voy!

PEDRO. Me abrasan la figura
tanto ruido y tanto azar...
Ah! será bueno avisar
igualmente al señor Cura,
por si el herido... esto es;
vé á decirle... pero no;
será mejor... iré yo:
anda, acompáñame, Andrés.
(*Se retiran por el fondo.*)

ESCENA XI.

SABINA.

Ya le cayó á mi señor
que hacer con el desafío...
¿Que así se maten ¡Dios mio!
los hombres... ¡Qué horror! ¡qué horror!
Pues! y ahora habrá procesos,
y entre que vienen y ván,
la casa me llenarán
de testigos y de presos...
¡Qué cargo tan enojoso!..
¡Alcalde!.. Bien dice Andrés!
aquí donde todo es
felicidad y reposo...
nos sobra ese quebradero
de cabeza; en nuestro nido
vivimos bien... Mas ¿qué ruido...
(*Aparece Damian conducido por Diego y algunos mozos, que no pasan de la puerta del fondo.*)

ESCENA XII.

SABINA.—DAMIAN.—DIEGO.—MOZOS en el fondo.

DIEGO. Entre usted ahí, caballero.
SABINA. (*Bajo á Diego.*) ¿Quién es?
DIEGO. (*Idem.*) Uno de los pejes
qu'ahí ajuera s'han zurrao...
y éste, el que al otro ha ensartao...
SABINA. ¡Ay qué miedo!... no te alejes...
DIEGO. Eh!.. descudia, que no en valde
com'un perro estoy alerta:
no me muevo de la puerta
tan y miéntras quel Alcalde...
DAMIAN. (*Arreglándose el traje.*)
(El corazon se me abrasa!..
¿Qué es esto que me ha pasado?..
¡Preso... y acaso juzgado
por mi padre y en mi casa!
¡Salud, bendecido hogar...
triste asilo me concedes!..)
SABINA. (¡Cómo mira á las paredes!..
éste se quiere escapar!)
DAMIAN. (Debo evitar que se asombre
mi padre... acaso esté cerca...)
SABINA. (*Retrocediendo.*)
(Ay que mira!.. ¡ay! que se acerca!)
DAMIAN. ¿Sabina?
SABINA. (¡Sabe mi nombre!)
DAMIAN. ¡No huya usted!.. ¿Tan fiera es
mi presencia...
SABINA. No señor...
pero...
DAMIAN. Entiendo, inspiro horror...
¿Se halla en el pueblo Andrés?

SABINA. ¿Qué Andrés, mi marido?
DAMIAN. Sí.
SABINA. Vaya si está, por demas;
si no se aparta jamas
de mi señor ni de mí.
DAMIAN. ¡Dichoso Andrés! ¿no habrá modos...
SABINA. ¿Le conoce usted...
DAMIAN. Oh! mucho!
desde ántes que usted.
SABINA. ¡Qué escucho?
usted nos conoce á todos!
DAMIAN. Á todos conozco, sí;
pero hoy, por mi mala estrella,
todos evitan mi huella,
nadie me conoce á mí!
¿No oyó usted... ¡preciso es!
hablar con inquieto afan
alguna vez de Damian...
SABINA. ¿Del hermano de mi Andrés?
DAMIAN. Sí, de ese mismo.
SABINA. Pues no?
Andrés y yo siempre estamos
pensando... ¡vaya si hablamos!
DAMIAN. Pues ese Damian... soy yo.
SABINA. ¡Usted... ¡Ah!.. ¿qué es lo que oí?!
DAMIAN. Yo, sí, por mi mala suerte.
SABINA. ¡Y acusado de una muerte...
Oh!.. ¿Qué vá á pasar aquí!
DAMIAN. Mi padre no tardará...
Si pudiera ver á Andrés...
SABINA. ¿Á Andres?... Sí, sí, mejor es:
él acaso encontrará
medio que á todos convenga...
(*Dirigiéndose al fondo.*)
Diego! Diego!... sin pararte
busca á Andrés, y de mi parte
dile que al momento venga.

DIEGO. Se insubordina el doncel?
SABINA. No, no!
DIEGO. Es que yo...
SABINA. Date prisa!
DIEGO. (*Señalando á Damian.*)
Pero ¿y si en tanto se eclisa?
SABINA. (*Empujándole.*) No importa; ¡respondo de él!
(*Desaparece Diego.*)
Estoy llena de terror...
¡oh, qué lance tan funesto...!
pero ¿cómo ha sido esto?
¿qué vá á decir mi señor...
DAMIAN. Conozco profundamente
su rectitud, su honradez,
y sé ¡cuanto!... al ser mi juez
le afectará este accidente.
Pero, Sabina, en verdad
que aunque evitarlo he querido,
más que mi anhelo ha podido...
¡oh, sí!... la fatalidad.
Á buscar aquí venia
un asilo protector
contra el intenso dolor
que me abruma noche y dia,
cuando un suceso fatal,
hijo de ciega venganza,
ha matado mi esperanza...
¡combinacion infernal!
SABINA. Es triste... mas sin embargo;
si ello ha sido sin querer...
vamos!... ¿qué se le ha de hacer?
en ley de Dios no es un cargo
con el que acusarse puede
á quien no quiso... Mas ¡ah...
oigo pasos... ¿si será...
(*Dirigiéndose al fondo.*)
Andrés! Andrés!...

ESCENA XIII.

SABINA.—ANDRÉS.—DAMIAN.

ANDRÉS. ¡Qué sucede!
SABINA. (*Señalando á Damian.*)
Mira!
ANDRÉS. (*Corriendo hácia él y abrazándole.*)
Jesús!... ¿No es mi hermano!
DAMIAN. Sí, Andrés.
ANDRÉS. ¿Tú aquí...? ¡Bueno es eso!
¿En casa ya...
DAMIAN. En casa... y preso.
ANDRÉS. Preso!... por Dios soberano
que se la habrán con los dos...
(*Cambiando repentinamente de tono.*)
Pero... ¡ah!... dime, hermano mio...
¿has tenido un desafio...
DAMIAN. Sí he tenido.
ANDRÉS. ¡Dios de Dios!
¡Todo lo comprendo, sí!
Y ¿le has matado...
DAMIAN. No sé:
á defenderme tiré...
ANDRÉS. Bien!... Pero detras de mí.
viene padre, y es preciso
prevenirle... ¡ven acá!
entra aquí... ¡que le oigo ya...
(*Le hace entrar en la habitacion de la izquierda.*)
Haré frente al compromiso.
SABINA. Pero, ¿cómo lo has de hacer?
ANDRÉS. ¡Qué se yo, mujer!... No veo...
Justo!... padre y juez del reo...
Vamos, ¡si no puede ser!
SABINA. (*Angustiada.*)

¡Ya están aquí...!

ANDRÉS. Ten valor...

SABINA. No, lo que es yo te confieso...

ESCENA XIV.

PEDRO.—BARTOLO.—El ESCRIBANO.—SABINA.—ÁNDRES.—En el fondo HILARIO.

PEDRO. Andrés ¿no han traido un preso
hace poco?

ANDRÉS. (*Desconcertado.*) Sí señor.

PEDRO. ¿Y como es que no le encuentro
en este sitio?

ANDRÉS. Es que está
esperando adentro...

PEDRO. Ya:
pues que salga de allá dentro.
(*Hace seña al Escribano para que se acerque á la mesa, el cual se sienta, saca papeles y se dispone á escribir.—Andrés con visibles muestras de turbacion no se mueve de su sitio.)*
Sabina...? tendrás que hacer...
(*Sabina dá algunos pasos para retirarse.*)
Andrés! ¿aún estás ahí?
¿Y el preso?

ANDRÉS. Sí señor... sí!
pero es que... ¡no puede ser...

PEDRO. ¿Qué... qué dices!

ANDRÉS. Por quien soy,
que aquí me estoy devanando...

PEDRO. Pero ¡Andrés!... estás temblando...

ANDRÉS. Sí señor; sí que lo estoy.
Y cuando yo... ya se sabe;
cuando con voz temblorosa
hablo... es decir que la cosa...

PEDRO. Sí, debe de ser cosa grave.

Pero con todo y con eso,
no ha de faltarme valor.
Venga el preso.

ANDRÉS. Es que... señor,
no conoce usted al preso.

PEDRO. No le podré conocer;
pero á tratarle me obligo
en justicia...

ANDRÉS. Cuando digo,
señor, que no puede ser...

PEDRO. (*Con vehemencia.*)
¿Cómo que no...? ¡voto á San...
¡Quién es?...

ANDRÉS. Si usted se arrebata...

PEDRO. Sí! ¿quién es? ¿de quien se trata?

ANDRÉS. De su hijo de usted, ¡Damian!

PEDRO. (*Hondamente sorprendido.*)
Damian!... Damian... no me explico...

BARTOLO. ¡Hola, hola! ¿esas tenemos?
Pues señor... ahora veremos:
lo que es yo... encerré á mi chico.

PEDRO. (*Con dignidad y amargura.*)
Yo tambien á tu malicia
sabré dar contestacion,
haciendo en esta ocasion
recta y severa justicia.
(*Con sequedad y sentándose.*)
El preso!
(Se dirige Andrés á la puerta de la izquierda, desde la que hace una seña: en seguida pasa al lado de Sabina, á la que dice en voz baja.)

ANDRÉS. Vé á la Condesa
y pon en el cielo el grito:
Yo hablaré al juez del distrito...!

SABINA. Sí, sí!

ANDRÉS. De priesa! de priesa!
(Desaparecen sin que lo noten por el fondo; al propio

tiempo sale por la izquierda Damian, y se adelanta pausadamente hasta llegar cerca de su padre.)

ESCENA XV.

PEDRO.—DAMIAN.—BARTOLO.—ESCRIBANO.—HILARIO en el fondo.

DAMIAN. ¡ Padre...
PEDRO. (*Rechazándole conmovido y afectando severidad.*)
Hablar aún no le toca,...
y sepa desde esta vez,
que soy no más que su juez.
BARTOLO. (Este hombre es como una roca.
Yo tengo más caridad,
aunque soy un avestruz.)
PEDRO. ¿Jurais á Dios y á esta cruz
decir en todo verdad?
DAMIAN. Sí juro.
PEDRO. Si así lo haceis
Dios os lo premie, y si nó,
os lo demande.
BARTOLO. (Pues yo
m'opondré... ya lo vereis;
qu'al cabo soy el fiscal.)
PEDRO. ¿ El nombre de usted?
BARTOLO. (Friolera!
¡como si no lo supiera!)
DAMIAN. Don Damian de Romeral.
PEDRO. (*Á Damian.*) Cuidado con Dones tales.
(*Al Escribano.*)
Al Don Damian sobra el Don,
porque me consta que son
plebeyos los Romerales.
DAMIAN. Sí señor, lo podrán ser,
no disputo su hidalguía:
mas los plebeyos un dia
se pueden ennoblecer.

Fundado en esta razon,
que me atrevo á presentar,
bien le puedo asegurar
que tiene algo más que Don
el que hoy está en su presencia.

PEDRO. ¿Más que Don?

DAMIAN. Soy Caballero
Gran Cruz de Cárlos Tercero.

BARTOLO. ¡Hom!!

PEDRO. Tiene razon vuecencia...
Mas siento que haya olvidado
que esas condecoraciones
imponen obligaciones
al que es con ellas honrado.

DAMIAN. No olvidé...

PEDRO. Creo que sí:
si obrara de otra manera,
ni en este sitio estuviera
ni encontrara un juez en mí.

DAMIAN. Puedo ser muy disculpable.

PEDRO. Al hecho, y sepamos todo:
¿cómo ha pasado?

DAMIAN. De un modo
triste... pero inevitable.
Tras una y otra vigilia,
enfermo y con mústia faz,
quise recobrar la paz
al lado de mi familia;
y en demanda de su abrigo,
henchida el alma de fe,
hace una hora que llegué
al lugar con un amigo.
Ah! ya contaba... ¡qué iluso!
con ahuyentar mi dolor...
pero la suerte, señor,
de otro modo lo dispuso.
Un hombre, á quien no ofendí;

un hombre sin esperanza,
que sólo ansiaba venganza,
venia detrás de mí.
Su encuentro quise evitar;
pero su ciego destino
le atravesó en mi camino
á la entrada del lugar.
Le rogué... mas no hubo modo...
me resistí; me ultrajó:
esgrimí el arma y cayó:
me prendieron.. hé aquí todo.—

PEDRO. (¡Y no poderle salvar!..)
¿Dónde se halla el amigo
que fué del lance testigo?

DAMIAN. Abandonó aquel lugar:
con más pavor que malicia
dió por el campo á correr,
temeroso de caer
en manos de la justicia.

PEDRO. Está bien; queda vuecencia
preso, como corresponde,
miéntras se averigua...

DAMIAN. Y ¿dónde...

PEDRO. En la cárcel de esta Audiencia.

DAMIAN. Lo encuentro duro en verdad...

PEDRO. Cumplo con mi obligacion.

DAMIAN. No he de huir...

BARTOLO. (*Con resolucion.*) ¡Pus tie razon!..
y es una barbaridad...
quiero decir, un... desatino
el meterlo en la mazmorra...
¡Pues si él no armó la camorra...
¿á qué... y luego... ¡es mi sobrino!

PEDRO. Dejémonos de pendencias
que en el derecho no influyen:
preso, en tanto que se instruyen
las primeras diligencias.

BARTOLO. ¿Pero en la cárcel?.. no pasa
por eso mi... ¡voto á brios!
PEDRO. No hay más que una cárcel.
BARTOLO. Dos!
PEDRO. ¿Cuál es la otra?
BARTOLO. ¡Mi casa!!
(*Un momento de pausa: Pedro se levanta, y trayendo á Bartolo aparte, le dice en voz baja y con creciente agitacion.*)
PEDRO. Bartolo... ten compasion
y no alteres lo que mando,
porque... me estás desgarrando
cruelmente el corazon.
¿Piensas que me regocijo,
que experimento un placer
haciéndole padecer?..
Fué ingrato... ¡pero es mi hijo!!
BARTOLO. Pus entónces...
PEDRO. (*Bajando la voz.*) No señor!
yo tengo, contra mi gusto,
obligacion de ser justo...
aunque me mate el dolor.
Una es la ley...
BARTOLO. Vuelta al pio...
PEDRO. Y como á tu hijo encerré,
Bartolo, tambien sabré
encerrar al hijo mio.
BARTOLO. Hombre...
PEDRO. (*Esforzándose para mostrarse enérgico.*)
Basta de clamores.
Alguacil!.. lleva al señor
á la cárcel.
DAMIAN. ¡Qué rigor!
PEDRO. ¡Pronto, digo!
(*Andrés y Sabina entran apresuradamente por el foro.*)

ESCENA XVI.

SABINA.—ANDRÉS.—PEDRO.—DAMIAN.—BARTOLO.—HILARIO.—ESCRIBANO.

ANDRÉS. ¡Alto, señores!
PEDRO. ¿Cómo...
ANDRÉS. Aguarda á su merced
el señor juez en la Audiencia,
y este papel le remite
de su propio puño y letra.
PEDRO. (*Recorriendo el papel.*)
«Que de este sueeso vaya
al momento á darle cuenta;
y que si hubiese acusados,
en tanto que provideneia,
se guarden en esta casa.»
BARTOLO. ¡Que me plaee!.. ¡Chúpate esa!..
PEDRO. ¿Que en mi casa se eustodien?..
Se cumplirá lo que ordena.
(*Á Andrés.*)
Quédate aquí de guardian...
Quien manda, manda... á la Audiencia!
(*Se retiran el Tio Pedro, Bartolo, Hilario, el Escribano, el cuál recoge los papeles y sigue á los demas.*)

ESCENA XVII.

SABINA.—ANDRÉS.—DAMIAN.

DAMIAN. Vuestro cariño sin duda
me ha librado de la afrenta
de ser huésped de la eárcel
como un malhechor...
ANDRÉS. Eh! deja...

¡pobre Damian de mi vida!
Lo que aquí todos desean
es aliviar tus pesares...
y acaso Dios nos conceda
esta gracia, porque es siempre
su misericordia inmensa.
Mira, el juez nos quiere mucho,
el herido no presenta
carácter de gravedad...
es posible que no muera;
y ha declarado que él fué
quien provocó la contienda.
Conque ya ves... Hombre, anímate!
el diablo todo lo enreda,
pero nunca al desgraciado
olvida la Providencia.

DAMIAN. Andrés mio ¡cuánto vales!

ANDRÉS. Hombre, no...

DAMIAN. Saber quisiera
lo que ha sido de un amigo
que me acompañaba en esta
borrasca...

ANDRÉS. Le buscarán.

DAMIAN. Estoy rendido...

ANDRÉS. Pues entra;
ven conmigo, aquí hay de todo:
tomarás cualquier friolera...
te lavarás, y descansas,
y duermes á pierna suelta:
yo velaré... ven: Sabina,
quédate de centinela.
(*Entran los dos hermanos abrazados en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA XVIII.

SABINA.—Despues PERFECTO.—SIMON.—MOZOS.

SABINA. Mi pobre Andrés está loco
de alegría... y si á ver llega
arreglada esta cuestion,
su dicha será completa.
(*Rumor de gentes que se acercan.*)
Pero ¿qué rumor... qué voces...
¿tendremos otra pendencia?
(*Entra por la puerta del fondo Perfecto, empujado violentamente por Simon, pálido, muy flaco y descompuesto el traje.*)

SIMON. Adrento! ¡Aquí hay otro pez!

PERFECTO. ¿Á mí pez!...

SIMON. (*A Sabina.*) ¿Y el amo?

SABINA. Afuera,
en la Audiencia está, id á verle.

SIMON. Pero ¿ese hombre...

SABINA. Aquí se queda.

SIMON. (*Á los mozos que no han pasado de la puerta.*)
Corriente: vamos, muchachos,
que el amo aguarda en la Audencia.

ESCENA XIX.

SABINA.—PERFECTO.—Despues ANDRÉS.

PERFECTO. (*Sin reparar en Sabina, miéntras se limpia y arregla el traje).*)
¿Á mi pez...? ¡gente cerril!
Lo dirá porque mis piernas
tienen ya más de pescado

que de carne... ¡ La abstinencia !
¡Lo que pueden dos semanas
de una conducta dietética!...
el enemigo mayor
de la carne... es el té perla!
Pero yo he sido gordito,
(*Dirigiéndose á Sabina.*)
bastante gordito, abuela...
Eh?... ¡qué digo... usted perdone
encantadora belleza...
no fué mi ánimo... ¡Qué caras
se estilan en esta tierra!
Y ¿ es usted la que custodia
(*Sale Andrés sin que Perfecto lo note, hasta que lo indique el diálogo.*)
la que guarda y encadena
mi persona criminal?
pues... ¡ay!... ¡bendigo á mi estrella!
No tema usted que me escape,
(*Tendiéndole los brazos.*)
adorable carcelera...

ANDRÉS. (*Asiéndole de un brazo y despidiéndole violentamente al otro extremo.*)
No hay de qué.

PERFECTO. (*Dando vueltas.*) ¿Quién me arrebata...
¡El manco!!!... ¡Qué peripecia!
Pero hombre, usted es mi sombra...
es mi pesadilla eterna...

ANDRÉS. (*En tono amenazador.*)
Silencio!

PERFECTO. (*Bajando la voz.*) ¿ Qué dice usted?

ANDRÉS. ¿Qué digo... que de esta hecha
vá usted á pagarlas juntas...
y á morir como arpa vieja.

PERFECTO. Hombre... ¿como harpa... ¡socorro!!...

ANDRÉS. (*Sujetándole.*)
Chito!

ESCENA XX.

SABINA.—DAMIAN.—ANDRÉS.—PERFECTO.

DAMIAN. Andrés!
PERFECTO. (*Colocándose de un salto al lado de Damian.*)
¡Qué á tiempo llegas!
¡Líbrame de ese avestruz...!
DAMIAN. Es mi hermano, nada temas.
PERFECTO. ¿Tu hermano!... Pues lo celebro...
Tengo el honor... Quién creyera...
¿Y esta jóven es tambien
tu hermana...?
DAMIAN. Tambien.
PERFECTO. Pues venga
un abrazo fraternal...
ANDRÉS. (*Interponiéndose.*)
Pero tenga usted en cuenta
que es su hermana... y mi mujer.
PERFECTO. (*Dejando caer los brazos.*)
Hombre, qué lástima...
ANDRÉS. ¿Vuelta...
PERFECTO. ¡Nada he dicho!...
SABINA. Aquí está padre!
ANDRÉS. ¡Dios de su mano nos tenga!
(*Movimiento de inquietud en todos. Sale Pedro quedándose en la puerta varias gentes del pueblo. Todos le escuchan enmedio del más profundo silencio y con la mayor ansiedad.*)

ESCENA ÚLTIMA.

SABINA.—PEDRO.—ANDRÉS.—DAMIAN.—PERFECTO.—MOZOS en el fondo.

PEDRO.. *(Á Damian sin mirarlo.)*
El señor juez del partido
desde este momento queda
entregado del proceso;
y su señoria ordena
que se ponga en libertad,
bajo fianza, á vuecencia.
Puede vuecencia partir
libremente adonde quiera.
(Nadie se mueve: momentos de pausa. Pedro pasea una mirada por la escena, todos callan y bajan la cabeza.)
Sin duda no me he explicado
cuando ninguno dá muestras
de haberme entendido...

ANDRÉS. *(Adelantándose resueltamente y muy conmovido.)*
Padre!...
contando con su licencia,
voy á hablar... porque no puedo
mantener en paz la lengua.
Adonde concluye el juez
el padre amoroso empieza...
y el pobre Damian... Damian
está abrumado de penas.

PEDRO. *(Poniendo á Andrés una mano en la boca.)*
Hijo mio, no eres tú
quien debe pedir clemencia.

SABINA. *(Por el otro lado.)*
Pues seré yo: su merced,
cuando pido, nunca niega...

PEDRO. No, Sabina; tú tampoco:
siempre fuiste humilde, buena,
y aquí quien debe humillarse
es la altivez, la soberbia.

SABINA. (*Haciendo señas á Damian, el cual se acerca.*)
Pues si no es más que eso... ¡vaya!
poquito que lo desean...
Vuelva su merced la cara;...
pero no adusta, risueña...
(*Se aparta y deja ver á Damian arrodillado.*)

PEDRO. (*Contemplándolo.*)
¡Ah, Damian!... ¡ciego Damian!
¡qué de amarguras me cuestas!

DAMIAN. ¡Padre mio!...

PEDRO. Bueno... basta...
Ven... que mis brazos te esperan!
(*Damian se precipita en ellos: Andrés y Sabina aplauden y lloran; calmada la emocion dice*)

PERFECTO. Perfectamente, señores;
me ha conmovido la escena.
Alcalde, usted es, sin duda,
pariente por línea recta
de aquel Alcalde famoso
que llaman de Zalamea...

PEDRO. No, caballero, no tengo
esa honra tan inmensa:
soy sólo un hombre que sigue,
aunque de léjos, sus huellas,
y por eso en mi lugar
dificilmente se encuentran
viciosos, vagos, parásitos...
de esos amigos que medran
adulando las pasiones.
(*Mirando á Damian.*)
en las almas inexpertas.

PERFECTO. (*Á Damian.*) ¿Y vás á permanecer
mucho tiempo en esta amena,

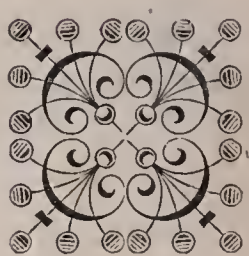
pura, angélica region?

DAMIAN. Todo el qúe mi padre quiera.

PERFECTO. (*Chascando los dedos.*)
Pues lo que es yo, me parece...

PEDRO. Hijo! ten por cosa cierta
que el mirarte me remoza,
que el verte aquí me deleita.
Aquí, tal vez, de la dicha
el misterioso problema
resolverás, comparando
tus costumbres con las nuestras,
tu existencia borrascosa
con nuestra dulce existencia.
No obstante, no te esclavices:
si de tu fortuna intentas
hacer un uso benéfico
en region ménos estrecha,
vé, Damian, á otras regiones,
que el bien es bien donde quiera,
y la casa de tu padre
la encontrarás siempre abierta.

DAMIAN. No señor, no me separo
ni un solo momento de ella:
aquí el alma se dilata
y aquí en union pura y tierna,
me protegen de mi padre
la virtud y la experiencia.

PEDRO. ¡Bien, Damian... lo que debias,
hoy lo pagas con largueza!
Honra á las canas, si quieres
que honradas las tuyas sean.
Hijos!... ya teneis hermano...
¡Matad mi mejor ternera!
Venid á mí!... yo os bendigo,
y adoro á la Providencia.

FIN DE LA COMEDIA.